

PUEBLO SOBERANO Y SÚBDITO.

OBSERVACIONES AL OPÚSCULO TITULADO:

EXAMEN DEL DOGMA

DE

LA SOBERANIA DEL PUEBLO,

ORIGINAL

DE D. JOSÉ HIPÓLITO BORBOLLA,

ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION
Y DIPUTADO Á CÓRTES,

POR

DON JOSE INDALECIO CASO,

ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DEL REINO.



OVIEDO.—1856.

IMPRENTA DE DON DOMINGO GONZALEZ SOLIS,
calle de San José, núm. 2.

D. 347214



En la librería de D. Dorothea Ar...
San...
El Autor...

PUERTO RICO GOVERNMENT PRINTING OFFICE

GOVERNMENT OF PUERTO RICO

EXAMEN DEL DOCTOR

1898

LA SOBERANIA DEL PUEBLO

ORIGINAL

DR. DE JOSE INOCENCIO BORDABERRA

ABOGADO EN LA LEY DE LA NACION

Y DE LOS TRIBUNALES

1898

JOSE INOCENCIO BORDABERRA

ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DEL REINO

[Handwritten signature]

OVIEDO, 1898

GOVERNMENT OF PUERTO RICO
PRINTED AT THE GOVERNMENT PRINTING OFFICE

Se ruega a los señores socios de cuenta al Bibliotecario de cualquier falta o deterioro que adviertan en las obras para proceder a su renovación urgente

OBJETO DE ESTE OPÚSCULO.

Si por merecidas consideraciones guardáramos silencio despues que el Sr. D. José Hipólito Borbolla publicó su opúsculo sobre la Soberanía del pueblo, tal vez se interpretára nuestra pasiva inaccion de una manera poco favorable á la causa que nos atrae á su defensa con la fuerza irresistible de la verdad.

Este recelo ha sido únicamente el que nos movió á tomar la pluma; porque á ser un simple certámen la discusion que nos ocupa, desde luego hubiéramos cedido el campo en prueba de la justa consideracion y del respeto que por mas de un motivo nos merece el Sr. Borbolla.

Dignándose combatir los principios que el autor de este opúsculo habia defendido en la Academia científica y literaria de Oviedo, el Sr. Borbolla contribuyó como no es dable, á consolidar las convicciones que tan profundamente se habian arraigado en nuestra alma. Y no porque su trabajo deje de corresponder á lo que era de esperar de una reputacion justamente adquirida; todo lo contrario. Cuando la simpática elocuencia de un noble entusiasmo y de una fé sin límite no basta para convencer, el relevante mérito del defensor, junto á la esterilidad de sus esfuerzos, nos hace formar una idea muy pobre de la causa.

En este y no en otro sentido, confesamos que el opúsculo del Sr. Borbolla ha reanimado nuestra fé política;

porque á la verdad ; triste cosa debe ser la *Soberanía del pueblo*, cuando aparece cada vez mas problemática, á pesar de verse tan poderosamente defendida!

Muy pobres son nuestros recursos para contrarestar algun tanto el efecto producido por el escrito del Sr. Borbolla; pero este será precisamente un doble motivo para confiar en nuestra doctrina si, á pesar del poco acierto en sustentarla, aparece cuando menos razonable.

Réstanos solamente protestar con toda la sinceridad que nos anima, que de cuanto vamos á decir, nada va dirigido de persona á persona, sino de escuela á escuela. Y si alguno de nuestros razonamientos parece algo agresivo; si indignados en presencia de un error palpable, ponemos en duda la sinceridad con que se le defiende, no aludimos ni remotamente al Sr. Borbolla que, como digno representante de la nacion, ha dado pruebas irrecusables del sincero entusiasmo con que defiende su partido.

Por lo demas, el Sr. Borbolla reconoce muy buenos principios, y aunque *hemos venido al mundo en el sexto dia del Génesis*, casi nos prometemos que tiempo andando, abrazará las consecuencias legítimas, toda vez que el célebre Lerminier, con quien le unen al parecer tan poderosas simpatías, hizo, no ha mucho, una honrosa retractacion, de cuanto le habia inspirado el dichoso racionalismo que segun él mismo dice, *le tenia como ébrio y atontado*.¹

¹ En este opúsculo se verá parte de su retractacion.



INTRODUCCION.

.....
que se reconcilien los Fuldenses, los Constitucionales, los Jacobinos, los Girondinos, la Llanura y la Montaña, *El Nacional* y *La Reforma*, porque tan anarquistas son unos como otros.

Eso es lo único que significa la Soberanía del pueblo.

(PROUDHON.)

Nos encontramos en la forzosa alternativa de adular al pueblo ó sobrellevar la nota de fanatismo.

Sin el menor escrúpulo se llama al pueblo depositario de la verdad, prudente y sábio mas que todos los genios y sobre todo el género humano. Se defiende con singular aplomo su bondad nativa, la angelical pureza de su instinto, el justo rencor de sus expansiones sanguinarias, tributándole de este modo una lisonja mas exajerada que la que adormece en su orgullo al Gran Lama del Tibet.

¿Esto se nos pide para dispensarnos de llevar estampado en la frente el anatema? Pues bien, sigan, si les place, lisonjeando al pueblo mientras nosotros le decimos la verdad.

La verdad es eterna, y al abogar por ella no pronunciamos *la oracion fúnebre de ningun delincuente que la humanidad maldice*. No es la verdad una sombra sepulcral, ni pasa como el capricho del hombre, porque no vive

en el tiempo. Al ensalzarla, no suspiramos por lo que fué, porque la verdad nunca dejará de ser, mal que le pese á la filosofía de las *verdades variables*.

Por eso, condenando la revolucion, no vamos á remover las cenizas de lo que pasó, ni á evocar espectros con que se espanta la credulidad del vulgo.

La revolucion azuza al pueblo en nombre de *la libertad*, para rechazarle despues á cañonazos, invocando *la autoridad y el órden*.

Nosotros ensalzamos sobre todo *el órden y la autoridad*, porque estos son principios de una verdad eterna, y no queremos ver á la muchedumbre inícuamente ametrallada para lograr el restablecimiento de lo que no debe alterarse nunca.

La sangre del pueblo es nuestra sangre, y nos duele verla derramada para obtener á tan caro precio la opulencia y el fausto de los demagogos. Tengan otros en el corazon la dictadura, y la democracia en la mente, mientras nosotros tenemos, como Balmes, «la monarquía en la cabeza, y la democracia en el corazon.»

Los que se constituyen en oráculos de la humanidad, los doctores del pueblo dicen: *nosotros no tenemos otro soberano que el pueblo....* para luego añadir que *el pueblo está en menor edad* y adjudicarse á sí propios la tutela; esto es, *la Soberanía*.

Nosotros decimos: *no tenemos otro rey que el César*, porque no nos consideramos con ningun título para dirigir al pueblo, y porque Jesucristo nos mandó dar al César el tributo que le corresponde.

Si os espanta la idea de un gobierno sólidamente constituido ¿qué recurso nos cabe cuando invocando el nombre falso de la mayoría, una turba de mandarines toma por asalto las gradas del poder y hace gemir á la nacion bajo las bayonetas del absolutismo popular? ¿El mismo Czar,

primero que ver á la nacion inundada por un enjambre de caciques!

Si la revolucion viene á estirpar los vicios de añejas instituciones, esa no es razon para que nos hagamos revolucionarios. Si las hordas del Norte vienen sobre el viejo mundo á castigar sus crímenes, esa no es razon para que tomemos parte en el esterminio y la matanza, siguiendo con furor el estandarte de Atila.

Cuando una idea criminal se propaga como el incendio, la Providencia logra que el vicio sufra los azares producidos por esa idea; pero la idea no por eso deja de ser criminal.

Negar esto, es negar la justicia de Dios y atribuir á su Providencia las maldades del hombre.

Por eso combatimos y combatiremos siempre la *Soberanía del pueblo*; esa heregía política, como la apellidó muy acertadamente el ilustre Jovellanos. Y en verdad que si ha parecido extraño que pongamos en tela de discusion este famoso *dogma*, no podemos comprender el motivo de semejante estraneza, porque lo verdaderamente extraño es que haya suficiente entusiasmo para proclamarle en pleno siglo XIX.

Pero ;cómo es tanta nuestra ingratitud que llegamos «á maldecir de la libertad en presencia de la libertad!»¹

Ved aquí un adelanto, se nos dice. «No se hiera el rostro »de la suave y paciente libertad, que permite se discutan y »se ataquen los principios que son su vida: porque esto es »llevar la ingratitud hasta el extremo de la iniquidad.»²

No estamos dispuestos á reconocer un adelanto en la

¹ El opúsculo del Sr. Borbolla, pág. 7.

² Id., pág. 9.

triste libertad que á todo el mundo se concede, ni mucho menos á aceptar como favor insigne lo que nos pertenece de justicia.

Si es un obsequio que debemos agradecer al poder constituido, el que no falte á su palabra despreciando el único título que tiene para gobernar, sea enhorabuena; pero si el manifestar como *hombres libres* la mas íntima convicción del alma, es una iniquidad, entonces la libertad es inícuá, la libertad maldice su propia existencia.

¿Se quiere, por ventura, que al comunicar nuestro pensamiento de palabra ó por escrito, solo digamos lo que lisonjea al poder? Entonces tambien Neron concedia á su córte de aduladores *el derecho imprescriptible* de celebrar en melífluos ditirambos su génio artístico y el esplendor olímpico de su divinidad.

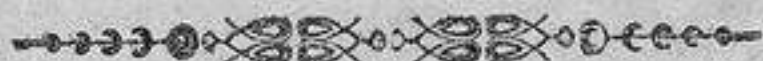
Y si no es esto lo que se pide ¿por qué mirar como un crimen de lesa-libertad, el impugnar una paradoja insensata, solo porque á sus defensores les plugo elevarla á la categoría de *dogma*? ¿Quién les ha autorizado para poner fuera de discusion el peregrino misterio de que unos mismos hombres puedan ser gobernados sin dejar de ser gobernantes, y súbditos sin dejar de ser soberanos?

Dirijan los entusiastas defensores de este principio, una mirada de exploracion mas allá del nebuloso horizonte de su filosofia, y verán que la *Soberanía del pueblo* en el órden científico, se vino á tierra con el *Contrato social*.

Ni se diga que el gran axioma está inscrito ya en el santuario de las leyes. No: el derecho positivo no estuvo nunca facultado para definir axiomas científicos. Mandar que el pueblo sea esencialmente soberano, es una ocurrencia muy digna de aquellos que promulgaron en un decreto la existencia del Ser Supremo.

Pero vengamos tranquilamente á la discusion, por mas que abriguemos el triste convencimiento de que en nada

se pueden gastar las fuerzas mas inutilmente que en un debate político. Porque, á pesar de todo, nos cumple demostrar hasta la evidencia, que la razon natural se siente indignamente ultrajada por los mismos que aparentan darla por altar el mundo, y por templo el universo.



EXAMEN

DE LA TEORIA DESENVUELTA POR EL SR. BORBOLLA PARA DEFENDER
LA SOBERANIA DEL PUEBLO.

ANTECEDENTES.

La filosofía moderna es «un
»laberinto de ensueños, de con-
»tradicciones y de absurdos.»

(Mr. Jouffroy, á la sazón que
era profesor de filosofía en Pa-
ris) 1

Como no hay absurdo que no haya dicho un filósofo, nadie extrañará que exista una filosofía, cuyo principal fundamento consiste en negar todo criterio al individuo, reconociendo, como único oráculo de la verdad, *el consentimiento comun.*²

El génio eminente que en mal hora sentó este principio fundamental, llegó á decir: «que la geometría misma no subsiste, sino en virtud de un consentimiento tácito de admitir ciertas verdades necesarias, convenio que puede espresarse en los términos siguientes: nosotros nos obligamos á tener tales principios por ciertos, y á cualquiera que se niegue á creerlos sin demostración, le declaramos culpable de rebeldía contra el sentido comun, que no es mas que la autoridad del *gran número.*»

1 Citado por el P. Ventura de Ráulica en el prefacio de las notas á sus conferencias sobre la Creación.

2 Balme, Filosofía fundamental, tomo III, cap. XXXIII.

Necesitamos sentar estos antecedentes para descubrir el manantial de donde dimana la teoría que vamos á analizar.

La simple enunciaci3n del sistema de Lamennais, basta para hacer visible su falsedad. Segun este escritor, dos y dos no son cuatro, sino porque á los hombres les plugo decretarlo así. Dentro de mil años, dos y dos tal vez no harán una suma idéntica á la que forman en el día: ni los tres ángulos de un triángulo equivaldrán á dos ángulos rectos: y pasando al órden moral, ni el parricidio será un crimen.... y hasta la verdad de la existencia de Dios, no dejará de tener sus apéndices.

Mr. de Lamennais al emitir en sus *Nuevas misceláneas* la doctrina de la verdad movible y progresiva, sienta, como se vé, el mas horroroso escepticismo.¹

Mr. Lerminier desenvuelve esta misma teoría en su *Filosofía del derecho*, aunque se hunde mas en un panteísmo semi-escéptico y semi-atéo.

Segun este escritor, «la Religion es á la vez y sucesivamente una filosofía, un gobierno y una tradicion. Cuando detiene su curso la religion, prosigue la filosofía y prepara á la sociedad otras creencias y otros símbolos?»²

«La ley y el bien son ideas generales y universales; pero se desarrollan de una manera particular, sucesiva, local y por lo mismo miserable.»³

Ya se nos habia citado un testo de este escritor, bastante significativo, que dice; *la eternidad de la verdad no se desenvuelve en la tierra, sino por la cronología.*⁴ Pero pudo haberse citado el mismo pensamiento dicho de una manera mas esplicita: «El mismo Dios, dice Lerminier, el

1 Maret, *Essai sur le Panthéisme*, cap. I.

2 *Philosophie du droit*, tomo I, pág. 64 y 65.

3 Idem, tomo I, pág. 75.

4 Opúsculo del Sr. Borbolla, pág. 43.

» mismo Dios, esencia de la ley, no se desarrolla sino *progre-*
» *sivamente* en las sociedades.»¹

No se vaya á suponer que nosotros, conocedores como somos de los buenos principios del Sr. Borbolla, queremos atribuirle en manera alguna doctrinas tan absurdamente anárquicas. Al contrario, lo que vamos á demostrar es, que escribiendo bajo la inmediata inspiracion de este delirio ilustrado, no ha podido conciliarle con los principios de la sana razon y de la verdadera filosofia: y que de su teoría se deducen irremisiblemente consecuencias que el Sr. Borbolla será el primero á rechazar.

Para patentizar lo flaco y miserable de la filosofia de Lermínier, á la que tanto al parecer se ciñe el Sr. Borbolla, bastará ver en la nota, parte de la generosa retractacion de este escritor ilustre.²

Sentados estos precedentes, ya podemos entrar con mas desembarazo en la discusion.

La primera cuestion que en el estudio del derecho público se ofrece, es relativa al origen del poder social.

¹ *Philosophie du droit*, tomo I, pág. 75.

Nota. Mr. Lermínier, catedrático del colegio de Francia en el año de 1834, es decir, *en pleno justo medio*, enseñaba á sus discípulos «Que el cristianismo era aceptable en lo pasado, inútil para el presente y que para el porvenir habia que reemplazarle con otra cosa» (*Estudios de Filosofia é Historia.*)

² Atribuir á la razon sin contacto con un poder superior, los hechos primitivos de la historia del mundo, es una afirmacion pura y gratuita para la cual no existen ni pruebas ni demostracion posibles: afirmacion pretenciosa que el racionalismo hace, exaltado por el orgullo, como lo sé yo por experiencia, pero que le es imposible sostener sin esfuerzos, como igualmente me consta por experiencia, en vista de los hechos considerables y oscuros que vienen á derrocarla por todas partes á manera de torrente desbordado. Sí; por espacio de mucho tiempo he buscado la unidad de la historia en la omnipotencia de la razon humana y al tropezar con hechos que no se prestaban á esta simplicidad artificial, ni se descifrabán por esta clave, pasaba adelante con la esperanza de poder explicarlos, volviendo otra vez sobre ellos por medio de ese racionalismo que á todos nos tenia como ébrios y atontados. Sin embargo, á fuerza de interrogar á la historia de las creencias, ideas y leyes humanas, y de estudiarla en una época fecunda en vivas y palpitantes lecciones, he conocido que en mi entendimiento se desplomaba esa orgullosa y frágil hipótesis y á través de las ruinas del desmoronado edificio, es como trato hoy de abrimme un camino hácia la verdad. (*Revue contemporaine* del 15 de Febrero de 1854.)

Para resolver este problema, el Sr. Borbolla desenvuelve una teoría, que despojada del ornato seductor con que está revestida, se reduce al raciocinio siguiente:

«Allí está la autoridad, en donde se halla la verdad.» ¹

«El criterio de la verdad social, no se halla en la razón del individuo, sino en la razón de la sociedad.» ²

Luego: «En el pueblo reside la autoridad ó la soberanía.» ³

Vamos por partes.

1.^a *Allí está la autoridad donde se halla la verdad.*

Bien; mas por el principio de contradicción, si únicamente debemos reconocer autoridad en donde se halla la verdad, no debemos reconocer autoridad alguna en donde se halla el error.

Al volver de la misma página en que el Sr. Borbolla sienta este principio, dice:

«No hay otra *verdad* para el hombre, que la que *por él* es afirmada.»

Consecuencia: el hombre debe reconocer autoridad únicamente en aquella verdad que por él es afirmada: porque como añade el Sr. Borbolla «mientras (el hombre) no reconoce una verdad, esta es para él como si no existiese. »La verdad, entonces, *no tiene autoridad, ni encierra el principio de obediencia.*»

No existe, pues, ninguna razón de mayoría de número, ni de fuerza, ni de conveniencia social, para imponer al hombre la autoridad de una aserción, en la que él no reconoce verdad. Y esto es tan cierto que, para evitar todo género de duda, se concluye diciendo: «Adviértase que vamos hablando de la *verdad social.*»

1 El opúsculo citado, pág. 19.

2 Idem, pág. 20.

3 Idem, pág. 25.

El Sr. Borbolla empieza á desenvolver su teoría, negando rotundamente la *Soberanía del pueblo*. Mas claro; á la luz de la razon y en el santuario íntimo de la conciencia, sin que ninguno tenga derecho á desmentirme, veo que el principio de la *Soberanía del pueblo* es el mismo error.

Ahora bien: ¿ese principio tiene autoridad para mí? No: porque la autoridad está donde se halla la verdad: «no hay otra verdad para el hombre, que la que por él es afirmada» y mientras no sea afirmada «la verdad no tiene autoridad, ni encierra el principio de obediencia.»

Luego la nacion no tiene en justicia autoridad alguna sobre los que no reconocen su soberanía.

Véase cómo el principio fundamental de la teoría que vamos analizando, echa por tierra la *Soberanía del pueblo*.

Pero se añade: entre la minoría y la mayoría que se contradicen ¿quién ha de decidir? Contestemos con las mismas palabras del Sr. Borbolla.

«¿Quién habria de ser el juez, entre la razon de todos¹ que afirma y la razon de uno² que niega? Solo seria competente una inteligencia superior á la razon individual y á la razon general.»³

De modo, que si se ha de observar el principio de no reconocer autoridad donde no se halla la verdad, ni es competente la razon de la minoría ni la razon del gran número, para decidir y alzarse con la soberanía. Solo seria competente una inteligencia superior, y entre la multitud de inteligencias que pretenden pasar por superiores, no sabemos donde está la que acierta: por consiguiente, no sabemos donde está la *Soberanía*.

1 Es decir, de la mayoría.

2 De la minoría.

3 Pág. 21.

Pero este enredo se corta como el nudo gordiano, con la mas pura fórmula de un contrato leonino. Se trata de saber quienes tienen la razon entre ustedes y nosotros. Para decidir esta contienda, se dice, «solo seria competente una inteligencia superior.» Esta inteligencia superior no aparece, á no ser que entre los muchos candidatos que aspiran á la superioridad «el mismo Dios descendiese á pronunciar la sentencia:»¹ por consiguiente, nosotros tenemos la razon.

Los que hablan de este modo ¿no se burlan del sentido comun? Díganños de una vez..... ustedes tendrán la razon, pero nosotros tenemos la fuerza; y enmudecerá toda nuestra lógica.

No encuentran un solo principio de justicia para cimentar el gran axioma: apenas sientan uno, se desmorona y cae por sí mismo. Se demuestra de un modo palpable que el bendito dogma nos conduce directamente á la negacion de toda autoridad, y de ahí sacan en consecuencia que debe mandar la mayoría.

Pues si «*la autoridad* es absolutamente necesaria en toda sociedad; y en tal manera, que esta no podria concebirse sin aquella,»² como dice muy acertadamente el señor Borbolla; y del principio de la *Soberanía del Pueblo* se deduce la negacion de toda autoridad humana, y por consiguiente de toda sociedad; se necesita mucha preocupacion, mucho fanatismo revolucionario, para sacar en consecuencia que debemos admitir á ciegas una teoría que nos deja en el caos y que no resiste ningun género de análisis.

Si la *Soberanía del Pueblo* nos conduce á una indecision eterna respecto á lo mas indispensable para la vida social, esto es, la autoridad, esa teoría es evidentemente absurda. Pero sigamos.

1 Idem.

2 Pág. 18.

2.^a *El criterio de la verdad social no se halla en la razon del individuo, sino en la razon de la sociedad.*

Si el individuo no tiene ese criterio, ¿cómo es que le tienen los individuos? Si cada ciudadano es ciego para ver la verdad social, ¿cómo puede verla una reunion de ciudadanos todos ciegos?

Puesto que el hombre no tiene ese criterio y «la sociedad» no es mas que el hombre multiplicado por millones,¹ cero multiplicado por cero hasta el infinito, da siempre cero.

Esta es una absoluta sin demostracion: absoluta que nos propinan los autores, disuelta en superabundante palabrería; pero que no por eso deja de ser falsa. Y todo por el constante empeño de hacer figurar á esa entidad abstracta, que llamamos sociedad, como si fuera un solo personaje, cuya voluntad única y único entendimiento reasumieran en gran síntesis todas las ideas y todas las aspiraciones de los individuos, cuando la opinion pública no es otra cosa, que el discorde conjunto de mil opiniones divergentes, de mil encontradas voluntades, que producen ese confuso clamoreo en que la voz estentórea de la ambicion y del orgullo apagan casi siempre el humilde acento de la verdad.

Sin embargo, demos por hecho que el criterio de la verdad social no se halla en la razon del individuo sino en la razon social, ya que este es el gran caballo de batalla de nuestros adversarios.

Una de dos: ó el individuo ejerce directamente sus derechos, ó lo hace por delegacion. En el primer caso, imposible que proceda con acierto el que, *siguiendo el dictámen de su conciencia y consultando el criterio de su razon personal*, solo encuentra *la oscuridad y la duda*, por resultado de sus exploraciones.²

1 Pág. 31.

2 Pág. 20.

En el segundo, puesto que los ciudadanos concurren individualmente á las urnas electorales, ¿cómo puede el elector escojer con acierto entre la multitud de candidatos que le ofrecen todos los partidos? Si no conoce la verdad social, ¿cómo puede buscar una persona competente para depositar en ella su confianza, á fin de que satisfaga una necesidad que él mismo no conoce?

Pero hay mas: si el individuo no tiene criterio para conocer la verdad social, ¿qué viene á ser mas que un individuo cada representante de la nacion? Y siendo esto así, ¿por qué extraño accidente, por qué virtud mágica, cien hombres sin criterio forman reunidos una asamblea llena de sensatez y de cordura, hasta el extremo de decretar siempre la verdad social?

¡Oh! y que á esto se lo llame la gran conquista del entendimiento humano!

Supongamos que el criterio de la verdad social se encuentra en la razon de la sociedad. En este caso, el tal criterio debe de ser una especie de electricidad que se comuniquen de los individuos á la asamblea legislativa. Y si no hay un flúido eléctrico, una corriente magnética entre los electores y el elegido, ¿quién ha dicho que solo por la virtud del voto, trescientos individuos reúnen en su inteligencia lo que no tenían antes del voto, es decir, el criterio social?

«La filosofia reconoce la autoridad del sentido comun»¹ se nos dice; pero no suponemos que la política esté fuera del dominio de la filosofia, y por lo tanto fuera del sentido comun.

Sin embargo, ¿qué es el sentido comun? Es el unánime parecer de todos los *criterios individuales* de todo el género humano, respecto á aquellas verdades que no necesitan ni tienen demostracion. ¿Y en qué se funda su autoridad?

Precisamente en el concierto necesario de todos los criterios individuales.

Negar, pues, la existencia de criterios individuales, equivale á negar el sentido comun.

Consecuencia; negar los criterios individuales en política, es tanto como suponer que en política no hay ni puede haber sentido comun.

Se dice que estas son argucias y sofismas de escuela; pero es muy natural este desahogo cuando faltan razones, á pesar de que no deja de ser una evasiva de mal género.

3.^a *En el pueblo reside la autoridad ó la soberanía.*

Se ha llegado á esta consecuencia tropezando en repetidas contradicciones y apoyándose en absolutas sin fundamento. El origen de tanto error resalta á primera vista: se han confundido lastimosamente dos cosas que no tienen entre sí ninguna analogía, el *sentido comun* con el *consentimiento comun*, hasta el extremo de identificar especies tan distintas. Así que se dice, «es absolutamente necesario interrogar al *sentido comun*, y contar y pesar los pareceres y seguir el voto del *mayor número*.»¹

Ahora ya comprendemos por qué hay escuelas que derriban con tan escesaiva profusion los dictados de *estupidex* y de *ciego fanatismo*. Al parecer, segun esta gente, el que no piensa como la mayoría, carece de sentido comun, como si cien hombres de sentido comun y hasta de grandísimo talento, no pudieran tener cien opiniones distintas respecto á una misma cuestion.

Nos creemos dispensados por ahora de esplanar estos rudimentos de filosofia. Vamos ante todo á examinar la consecuencia, aun dando por ciertos los arbitrarios antecedentes en que se apoya.

El Sr. Borbolla, sentando como principio que la autoridad está donde se halla la verdad, se ha visto en la precision de buscar un criterio único para darle la autoridad.

Este criterio, dice, es el criterio social, la razon comun, la inteligencia general; y de un modo insensible, encubriéndola con todos los recursos de su florida imaginacion, desliza en su teoría una contradiccion de que el lector no se apercibe á primera vista. Sustituye el criterio social, la razon comun y la inteligencia en general, por el criterio, la razon y la inteligencia de un pueblo. ¿Y qué es una nacion? ¿qué es un pueblo mas que una despreciable minoría? Y esta minoría es *esencialmente soberana, libre é independiente de las demás naciones!...*¹ *La nacion no tiene otro señor que Dios.*² ¿Y el criterio general? y la razon comun? y la sagrada ley del número?

¿Basta que una masa insignificante de pueblos, considerándose propietaria del terreno que ocupa, desprecie la autoridad de la mayoría, diciendo: nadie manda dentro de mis fronteras? Pues entonces, una provincia, un solo pueblo, como dueños de su territorio, pueden despreciar la mayoría de la nacion y regirse como les acomode.

Lo que se dice de un pueblo, se dice de una familia, de un solo propietario. Y esto ¿no es dar al traste con el criterio social? ¿no es proclamar el individualismo absoluto, negando lo que se trata de probar, es decir, la soberanía colectiva del pueblo?

Puesto que «el número lo domina todo, en donde solo »hay hombres;»³ puesto que «en las dudas y conflictos »que ocurren en las sociedades, si ha de encontrarse una »resolucion autorizada y definitiva, y para todos aceptable,

1 Pág. 27.

2 Pág. 26.

3 Pág. 38.

»es absolutamente necesario interrogar al *sentido comun* y contar y pesar los pareceres y seguir el voto del mayor número:» siempre que surjan conflictos entre seres racionales, debemos contar y pesar los pareceres, y dar la razon al mayor número.¹

Siendo esto así, en cuantos conflictos surjan entre españoles y franceses, estos últimos deben tener justicia. ¿Por qué no? ¿Se teme que una nacion populosa confiada en su propia mayoría, avasalle á las demás? Ola! con qué una mayoría europea es susceptible de pasiones bastardas? Con mayor motivo lo será la mayoría de una nacion.

Y en este caso, si un pueblo puede y debe rechazar las agresiones y exigencias inícuas de una mayoría europea, ¿por qué una provincia no ha de poder negarse á cumplir las exigencias inícuas del resto de la nacion? Polonia y Ungria con relacion á Rusia, ¿son acaso mas que Asturias con relacion á España?

Si la autoridad está donde se halla la verdad, la verdad es una, y si no hay mas que un criterio depositario de esta verdad, que es el criterio del mayor número, el mayor número es el único soberano.

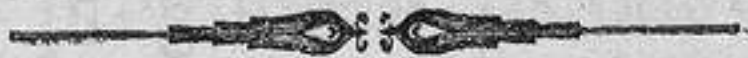
Si se me dice que este criterio se puede dividir *in solidum* entre las naciones, sobre ser absurdo el supuesto, con el mismo derecho que una nacion despreja la tutela del criterio social y se rige por su criterio soberano, puede una provincia, un solo pueblo, emanciparse de la tutela nacional, constituir en su interior un centro administrativo independiente, y tener con los demás pueblos simples relaciones de fraternidad diplomática.

Y si somos tan nimios que nos detenemos en una cuestion de palabra, entonces la provincia, pueblo ó villorrio que quiera burlarse de las mayorías y conquistar

su independencia, dése á sí misma el pomposo nombre de nacion, y será *libre é independiente de las demás naciones*.

¿Se puede hacer esto? Adios criterio social! Adios mayorías! ¿No se puede hacer esto? Adios soberanía del pueblo; porque las naciones, no siendo libres é independientes, mal pueden ser esencialmente soberanas.

Luego, aun dando por cierta toda la teoría que vamos analizando, de ella no se deduce la soberanía del pueblo, sino la del criterio general, la de todo el género humano: y no hay duda que sobre este principio se pueden cimentar grandes cosas.



CUESTION FILOSÓFICA.

EL CONSENTIMIENTO COMUN.

La teoría que acabamos de sujetar á un análisis lógico, es la sucesiva reproduccion de un solo tema que aparece siempre magníficamente armonizado. Este tema es la filosofía del *consentimiento comun*.

El Sr. Borbolla ha hecho esfuerzos dignos de mejor causa, para poner de acuerdo esta filosofía insensata con sus buenos principios y con la hidalguía de sus generosos sentimientos.

Mas como quiera que la verdad no es compatible con el error, todo su talento no ha sido suficiente para llevar á feliz término tan temeraria empresa.

Vemos por de pronto que se niega al individuo todo criterio que no sea el *consentimiento comun*.

«El hombre, dice, busca *la verdad* dentro de sí mismo, »por el principio individual, siguiendo el dictámen de su »conciencia y consultando el criterio de su razon personal; »y *la oscuridad y la duda son el resultado de sus exploraciones.*»¹

¡Qué tal diga el Sr. Borbolla! ¡Y es esta la doctrina con la que se pretende enaltecer al hombre hasta el extremo de asegurar, que ella sola «es la elevacion del individuo, que llega á la plena posesion *de su inteligencia y de su actividad?*»¹

Supongamos que este escepticismo á que vive condenado el individuo, se refiere únicamente á la *verdad social*; mas ¿qué importa, si la verdad social es nada menos que «el resultado de las creencias, de los conocimientos y de los razonamientos de la mayoría de los asociados»² y por consiguiente, de los individuos que componen esta mayoría?³

Cuando el individuo quiere salir de la oscuridad y de la duda en que se encuentra, «busca la *verdad* fuera de él, por el principio social, por el principio de la razon comun, tomando por guia el testimonio de los otros, la ciencia del género humano y la conciencia general, y entonces infaliblemente encuentra lo que busca.»⁴

La contradiccion no puede ser mas palpable. Si el individuo no acierta á despejar la oscuridad que le rodea, ¿de qué le sirve interrogar á otros individuos que no están mas adelantados que él? Si cada hombre, *solo sabe que no sabe nada*, cuando pregunte á los demás hombres, le responderán, *solo sabemos que no sabemos nada*: el mundo será una cátedra de escépticos.

Pero hay mas: el individuo que para salir de dudas, quiere interpretar la opinion comun, trata de saber una

1 Pág. 28.

2 Idem.

3 En prueba de que no se admite mas criterio que el *consentimiento comun*, pudiéramos aducir muchos textos del opúsculo que estamos examinando, en los que se dice, que destruido ese criterio, muere y acaba por completo la razon humana: basten los dos siguientes que no pueden ser mas explicitos

«Negar, en fin, la autoridad á la opinion del pueblo, es *poner en cuestion todas las creencias, anular toda certidumbre, y destruir todo criterio.*» (Pág. 40.)

«No se pretenda destruir la ley de las mayorías, si no se quiere aniquilar todo lo que existe: la razon y el sentimiento, la fé y la ciencia, la moral y la revelacion, etc., etc.» (Pág. 38.)

4 Pág. 20.

verdad que se ofrece al sentimiento íntimo de su conciencia, á su criterio personal. Y si no puede conocer por sí solo *la verdad* ¿cómo puede estudiar la *ciencia del género humano* y la *conciencia general*?

El individuo en su interior solo encuentra la oscuridad y la duda. ¿Y qué es lo que halla fuera? La tempestad de la discusion, el estruendo borrascoso de mil debates, sistemas que se confunden con sistemas, teorías que brillan y desaparecen como el relámpago, la afirmacion enfrente de la negacion, la plegaria escarnecida por la blasfemia.

Y en este laberinto, se nos concede, que solo una inteligencia superior puede decidir donde está la verdad; mas para que sepamos donde está esa inteligencia superior, seria necesario, se dice, que «el mismo Dios descendiese á pronunciar la sentencia.»¹

Entre tanto no cabe otro recurso que contar las inteligencias; pero hasta el mayor número se engaña: el mayor número «es posible que yerre.»²

¿Y entonces? La duda en el alma, la duda en el mundo, por todas partes la oscuridad, el escepticismo y la muerte de la inteligencia.

Con semejante sistema, el individuo queda reducido á la nulidad. Este es el cargo que hizo el mismo Lermínier á las doctrinas de Hégel, despues de haber cambiado felizmente el rumbo de sus estudios filosóficos.

Porque despues de todo esto ¿á qué queda reducida la razon individual?

«La razon individual no existe, ó es solamente la expresion particular de la razon comun.»³

Pero ¿se nos quiere volver locos? ¿Cómo existe lo abs-

1 Pág. 21.

2 Idem.

3 Pág. 54.

tracto sin lo concreto, lo colectivo sin lo individual, un centenar sin unidades y un ejército sin soldados?

Esa razon comun es una frase vacía de sentido, una abstraccion, y una abstraccion por sí sola no es nada, y el criterio que se quiere dar á esa abstraccion, es nulo, y por consiguiente su autoridad soberana una impostura.

La filosofia del *consentimiento comun* es lo mas absurdo que puede concebir la mente humana. Negar que el hombre tenga un criterio propio para conocer la verdad, es llamarle irracional, porque la razon en tanto es razon, en cuanto tiene criterio.

Si el individuo carece de criterio propio, no puede tener responsabilidad moral: la religion y la filosofia desaparecen. Los hombres, segun esta escuela, forman una masa inerte que va arrastrada *fatalmente* por el torbellino de la revolucion. Si les preguntais de dónde vienen, á donde van, se encojerán de hombros, porque ni siquiera podrán hablar no teniendo criterio, y dado que puedan espresarse, dirán á lo sumo: «Nosotros vamos á donde *nos lleva* la revolucion: no es lícito pensar en los misterios de Alá: nuestra vida es un paseo infinito á través del espacio; pero un paseo tan acelerado, que ninguno puede detenerse á racionar si lo que tiene delante es un derrumbadero, porque está vedado el racionio.»

«¿La muchedumbre bullanguera grita, *adelante?*....
»Pues ¡*adelante!* Hé aquí toda nuestra filosofia.»

Al fin Lamennais reconoce como infalible la autoridad del mayor número; pero el sistema de la *verdad social* nos abandona en el vacío, negando á la inteligencia ese último apoyo.

Porque si la autoridad está en la verdad, solo tendrá

autoridad aquel criterio que sea depositario de la verdad.

Si el criterio social es falible, no sabemos si se equivoca ó no; y mientras no sepamos si es ó no depositario de la verdad, tampoco sabemos si tiene ó no tiene autoridad.

Ahora bien: la autoridad del mayor número es falible; pues cuantos problemas resuelva, en cuestion se quedarán como si no los hubiera resuelto; porque apenas decida el mayor número, surge naturalmente una cuestion que las comprende á todas: *¿El mayor número se equivocó? ¿Y quién resuelve esta duda?*

La duda se eterniza aunque hagamos al mayor número juez de su propia causa, porque esta duda reaparece á cada nueva decision. Permanece la duda en el alma, por mas que el mayor número realice á viva fuerza sus acuerdos.

Entre tanto, no sabemos á quien dar la autoridad, y *puesto que no hay otro criterio*, sucede constantemente en la inteligencia cuanto ha previsto el Sr. Borbolla, para el caso en que no tuviera autoridad la mayoría: «se aniquila »todo lo que existe, la razon y el sentimiento, la fé y la »ciencia, la moral y la revelacion, la equidad y el derecho, la sociedad y las instituciones, la ciudad y la familia, »todo lo que el hombre sabe, cree y espera, todo lo que el »hombre es y puede ser.»¹

Y si esto sucede en la inteligencia ¿qué no sucederá en la práctica?

Tal es el abismo salvado para llegar á la suspirada consecuencia que se nos prometia. En este teoría que aparece tan pobre despojada de su magnífico ropaje, sucede lo que con toda la filosofia que trasciende á panteísmo.

El entusiasmo cubre de una vaguedad misteriosa halagüeñas perspectivas; pero tan pronto como la luz de la razon consigue rasgar ese celaje importuno, solo se descubren en el fondo deformes precipicios y senderos que tapiados de flores y débiles como el sofisma, se hunden y desaparecen á la menor prueba.

«Todos tienen la razon por ley; y siendo la razon la misma en todos los hombres, la razon comun *es la ley de todos.*»¹

Hé aquí un sofisma que se reproduce con varios disfraces, pero que siempre es el mismo. Si todos tienen la razon por ley y esta razon es la misma en todos, ninguno debe de tener mas ley que su razon. Por consiguiente, individualismo.

La razon es una facultad que reside en el hombre: esta facultad la tiene el hombre por ley: pues de que esta facultad sea la misma en todos, sacar en consecuencia que debe el hombre regirse por la *razon comun*, por esa razon que no es *un fluido derramado en la atmósfera*, sino la *razon de los demás*, no deja de ser oportuno!

Todos tienen la vista para ver el mundo material, y siendo esta facultad la misma en todos, cada uno debe ver por los ojos de los demás. El sofisma es idéntico. Veámosle en otra forma.

«La razon es una facultad *comun* á todos los hombres; y la verdad, que por la razon se revela, es *comun* tambien y á *nadie en particular pertenece.*»²

No parece sino que esa *facultad comun* es un caudal ó depósito de riqueza que pertenece á toda la sociedad. Pero si la razon no es esto, si esto es un disforme panteismo, si la razon es una simple facultad que reside en el hombre, la facultad de ver, ¿por qué se dice que la razon á

1 Pág. 30.

2 Pág. 21.

nadie en particular pertenece, ó lo que es lo mismo, que ningun hombre es dueño de su razon, de su facultad de ver?

Esto si que es aglomerar *sofismas sobre sofismas*: y todo por venirnos con la *filosofia de la imaginacion*, con esa filosofia que llega á trastornar la sensatez española con sus palabras sin sentido y con sus *imágenes deslumbradoras, pero sin realidad*.

Esa clase de stagiritas ultrapirenáicos tan ricos de fantasía como pobres de razon, mejor se dedicaban á componer bucólicas y epitalamios, que á trastornar el sentido comun con sus *Nouveaux cours de Philosophie*, ó lo que es lo mismo, nuevos modos de delirar ó delirios de moda.

Seguro que el autor del opúsculo que examinamos, rechazará con indignacion el dictado de panteista; pero tambien Michelet, Lamennais, Lermnier, Victor Hugo, Cousin y otros muchos rechazaron esa calificacion, y todos ellos son apóstoles de Brahma.

Á poder estendernos mas, con el mayor gusto demostraríamos, que la teoría filosófica con que se defiende la autoridad suprema del *criterio general, de la razon comun, del consentimiento comun*, es puramente panteista. ¡Y por Dios que si á esto se reduce el progreso que se nos promete, al Turkestan nos lleva ese que llaman con razon, *ateismo disfrazado*, cuyo título mas ilustre es el de haber enseñado al mundo la grosera idolatría!

LA VERDAD VARIABLE.

¡Verdad variable! Hé aquí una paradoja en dos palabras, cada una de las cuales dice lo contrario de lo que significa la otra.

Ó la verdad variable es verdad ó no: si es verdad, no

es variable; y si es variable, no es verdad; porque la verdad no varía. Cambiarán los hechos, se mudarán las circunstancias, la verdad ya no tendrá aplicación, mas no por eso dejará de ser verdad.

En circunstancias difíciles es indispensable todo el rigor de la dictadura: esta es una verdad. Pero se restablece la calma, el peligro desaparece, ya no se necesita la dictadura. ¿Se deduce de este cambio de circunstancias, que aquella verdad claudicó? Al contrario: entonces, ahora y siempre será una verdad, que para circunstancias difíciles, conviene todo el rigor de la dictadura.

Adoptando á medias la doctrina de la verdad variable, puramente panteísta, se ha querido huir del escepticismo y santificar las revoluciones. Veamos cual ha sido el resultado.

La verdad social es variable; mejor se hubiera dicho, *toda verdad es variable:* el resultado es el mismo.

La verdad social es variable, ¿y qué quiere decir eso de verdad social? Lo quiere decir todo, todo cuanto cabe en la inteligencia humana.

En efecto, «la verdad social es el resultado de las creencias, de los conocimientos y de los razonamientos de la mayoría de los asociados.» Y es claro, que si esa verdad varía, no puede variar por otro motivo que por un cambio de creencias,¹ conocimientos y razonamientos. Y si la fé y la ciencia de la mayoría sufren estas metamorfosis, con mayor razón se transformará la fé y la ciencia de la minoría, puesto que no es depositaria de la verdad social.

Así que, todo es variable y debe serlo forzosamente para

1 Supongo que se tratará de evitar la triste consecuencia de esta proposición, diciendo que esas *creencias* son *creencias políticas*; pero si destruyendo la autoridad de las mayorías, se aniquila la fé y la ciencia, la moral y la revelación, (Pág. 38) y si á esto se añade que la autoridad del Papa nace en el Quirinal de un escrutinio, y que la mayoría del concilio es *infallible*, (Id.) no creo que se me censurará de tergiversar el sentido de ninguna frase, al entender por *creencias*, todo lo que el hombre sabe, cree y espera: porque también esto acaba negando la autoridad de la mayoría. (Id.)

que se realice la gran transfiguración. Religión, ciencias, filosofía, todo marcha arrebatado por la corriente del progreso. Pero el Sr. Borbolla no se ha apercibido de que afirmando la variabilidad de las verdades sociales, negaba el progreso.

De un principio inalterable, se deducen consecuencias que á su vez sirven de principios inalterables para deducir nuevas consecuencias y nuevos principios. No tiene el hombre por naturaleza otro medio de raciocinar, de saber y por consiguiente, de progresar.

Si la inteligencia no se puede afirmar sobre una verdad inamovible, ¿cómo ha de pasar á otra? Toda verdad es un principio fundamental para elevar sobre él otras verdades: si el fundamento vacila, el edificio se viene á tierra, y el progreso es imposible ó queda reducido, como lo demuestra Proudhon, á una serie infinita de negaciones.

Se admite la distinción de verdades absolutas y relativas, las primeras eternas y las segundas variables.

Este es un panteísmo vergonzante: se presenta disfrazado, pero no hay disfraz que pueda encubrir sus colosales proporciones.

¿Qué poder autorizado, qué criterio ha de distinguir las verdades absolutas de las variables? Al parecer, la mayoría. La mayoría, pues, ó el cuerpo legislativo que la represente, es un poder autorizado para dogmatizar!

¿Qué habeis puesto antes que la mayoría? Dios y el derecho. Pero ¿quién declara el derecho? La mayoría: porque «solo la razón común puede expresar la verdadera idea del derecho»¹ y en cuanto á Dios, dicho se está, que «la mayoría de la sociedad no representa la fuerza material; representa la inteligencia, ese reflejo de Dios sobre el género humano.»²

¹ Pág. 33.

² Pág. 37.

Véase de que sirve no admitir mas que á medias la doctrina de la *verdad variable*.

Y á propósito de verdad variable, no pasaremos desapercibida una contradiccion de bulto.

Se habia sentado como tésis fundamental que *allí está la autoridad dónde se halla la verdad*; mas como esto no conduce directamente á nada, por una feliz inversion de términos, se concluye diciendo: *allí está la verdad dónde se halla la autoridad*, ó lo que es lo mismo:

«La fuente de la verdad social y de la ley social, es la autoridad.»¹

De modo: que la autoridad viene de la verdad, y la verdad social de la autoridad. Este círculo vicioso es el núcleo, por decirlo así, de toda la teoría que vamos analizando. Para llegar á esta *consecuencia* ilegítima se acude al expediente de encubrir el simple dictámen de la mayoría con el modesto nombre de verdad social.

«La mayoría del pueblo espresa siempre la verdad social.»² Pero ¿qué es la verdad social? El resultado de las creencias, de los conocimientos y de los razonamientos de la mayoría. Ya! luego la mayoría dice la verdad, porque dice siempre lo que sabe; pero nos falta por averiguar si sabe lo que dice.

En este acertijo se funda todo el misterio. En último análisis, esa verdad social no es mas que el voto de la mayoría; y se le llama verdad, porque refleja fielmente las opiniones de una parte de la sociedad. Pero la cuestion queda siempre intacta: supongamos que hay dos bandos igualmente numerosos, dos partes igualmente sociales. ¿Cuál de las dos concibió y lleva en venturosa gestacion el feto de la verdad social?

Vendrán á las manos y el partido mas feroz, alzando en

1 Pág. 25.

2 Pág. 22.

señal de triunfo el puñal ensangrentado, enarbolará el símbolo mas propio de la verdad social.

Hace mucho que á este argumento se nos contestó negando el supuesto de que pueda haber riguroso empate; como si en la igualdad matemática estribára la fuerza de nuestra observacion. Pero ya que ha de decidir un escrupuloso escrutinio, veamos de que depende la verdad social.

Figurémonos que los electores de un pueblo van á depositar en las urnas un número de votos decisivo; pero al llegar al rio que los aisla de la capital, se encuentran con que desapareció la barca... por una inocente travesura de los que tan hábilmente confeccionan mayorías. ¡Oh dolor!

Ese pueblo que iba á dar á la patria una era de ventura, fortaleciéndola con el maná precioso de la verdad social, se queda llorando *super flumina Babylonis*.

Si hubiera atravesado el rio, las opiniones y creencias de ese bando que contaba el mayor número, serian aceptadas como verdad social; pero faltó la barca y se quedaron en minoría.

Los representantes de las ideas diametralmente opuestas, es decir, del error social, ocuparán el santuario de las leyes, y al desprenderse de sus lábios el error infalible, los pueblos escucharán con humilde reverencia esa «*traduccion humana de la omnipotencia divina!*»¹

¡Oh verdad! ¡Verdad infinita, amor del sábio, sublime objeto de las grandes aspiraciones! Tú, que tienes asentado tu trono en el seno de la eternidad, ¡cómo se prostituye tu nombre, y de qué depende tu sagrado imperio!

1. Pág. 28.

LA SOBERANÍA DEL DEBER Y EL DERECHO DE SOBERANÍA.

El deber obliga á la voluntad y no está sometido á ella. Está impuesto en virtud del poder de un alto mandamiento, del mandamiento del mismo Dios, porque el deber es una religion.

Nada durable, ni nada grande puede hacerse sino en virtud del deber; porque todo lo demás relativo únicamente al hombre, no pasa de él, es pequeño como él y pasajero.

(Lamennais. *La esclavitud moderna.*)

Nos cumple reconocer y estimar en su debido precio la franqueza con que se nos concede cuanto parece razonable, sin participar de ese exceso de suspicacia con que el espíritu de partido acostumbra rechazar la doctrina mas inofensiva.

En tres noches de discusion sobre el conocido tema de *deberes y derechos*, el autor del presente opúsculo no ha podido decir mas de lo que el Sr. Borbolla expresa en estas palabras: «existe, pues, una ley anterior y superior al hombre, dictada por el autor de la naturaleza, y *cuyo primer efecto es obligar*».¹ De modo que «el derecho existe tan solo á condicion y como efecto del deber.»²

Y en verdad que no concebimos cómo se ha puesto en

1 Pág. 4.

2 Pág. 5.

duda la superioridad del deber, cuando admitirla equivale á reconocer la superioridad de Dios; ni mucho menos acertamos á conciliar ese paralelismo, esa media tinta que por contemporizar, se adopta entre la soberanía del derecho y la del deber, con lo trascendental de estas palabras: «...no »hay derecho contra el deber; como quiera que el deber »limita siempre el derecho, y á veces le destruye.»¹

Pero la supremacia del deber está en directa oposicion con el dogma de la soberanía del pueblo. Vamos á demostrarlo.

Reconociendo que el deber es la condicion causal ó necesaria para que el derecho exista, era muy natural que se tributára al deber una preferente consideracion, encumbrándole sobre todo el orden social.

Cuando no se vé nada mas allá de la soberanía del pueblo, cuando se dice que este principio es «el dogma mas »ideal á que puede elevarse el espíritu,»² «la idea mas »grande que ha podido concebir la mente humana,»³ es claro que no se concibe nada mas grande ni mas ideal que el derecho, y que se niega la relativa superioridad del deber.

Porque «si el derecho existe tan solo á condicion y »como efecto del deber,» segun se nos concede, ¿cuánto mas ideal, cuánto mas grande será la causa que produce tan maravilloso efecto?

Y sin embargo, para el derecho son todos los panegíricos, para él las garantías y las prendas de seguridad, para defenderle son las armas, para desarrollarle el progreso. ¿Y el deber sin cuya observancia no existe tal derecho? El deber se pierde de vista en la contemplacion de eso que llaman, «derecho divino de las sociedades.»⁴

1 El Sr. Rios Rosas en el discurso de apertura de la Academia de Jurisprudencia de este año.

2 Pág. 37.

3 Pág. 69.

4 Pág. 29.

Pero bien, se nos dirá; nosotros, al ensalzar sobre todo la soberanía popular, ¿no predicamos el deber de respetar ese dogma sagrado? ¿No derivamos todo el orden social de un deber? ¿No colocamos el deber sobre todo?

¡Triste sociedad la que sanciona como deber supremo el de respetar la holgura y desembarazo con que puede espaciarse cada individuo dentro del círculo que le deparó la suerte; la que no vé nada mas importante que su propia comodidad, nada mas sagrado que su capricho absoluto!

Porque «si la libertad del individuo no tiene otros límites que la libertad de los demás; si el derecho de cada uno, tiene por fundamento y por límite *el derecho de todos*,»¹ como lo declaró la Asamblea nacional; entonces el derecho no tiene mas límite que el derecho; no existe mas deber que la aureola artificial con que se da á ese derecho un exterior sagrado; el principio y fin de la justicia social es el hombre; en el hombre empieza y en el hombre acaba.

Bien sabemos que no es el misticismo al que hemos de pedir armas para atacar esta doctrina tan halagüena como absurda. Pronto miraremos la cuestion bajo el punto de vista utilitario.

¿Qué nos importa que se reconozca en la justicia un deber superior, si al parecer en sociedad no hay mas justicia que la que declara la mayoría? No se nos concede en abstracto la superioridad del deber, sino para hacer de este modo una apoteosis doblemente exajerada de un *derecho absoluto*, puesto que se faculta al pueblo soberano para que imponga como deber supremo su voluntad omnímoda.

Tanto vale esto, como ensalzar la caridad y la abnegacion, para sentar despues, que la abnegacion mas sublime y la mas ardiente caridad se cumplen satisfaciendo ámplia-

mente nuestro capricho soberano, esto es, nuestro egoísmo.

El criterio de la conciencia, el criterio de la evidencia, la revelacion en armonía con *sus conocimientos y razonamientos*, todo le manda al individuo, que no falte á un deber sagrado. Pero la mayoría le ordena lo contrario. ¿A quién obedece? ¿A Dios ó al hombre?

O el individuo ha de ir á divagar por los islotes de la Polinesia, ó si quiere permanecer en sociedad, debe ante todo someterse á la «*ley suma de las naciones.*»¹

Hé aquí sobrepuesto el derecho al deber, el derecho del hombre al de Dios. Pero vamos á las consecuencias.

Se nos habia concedido «que el derecho no existe *absolutamente*, sino como efecto y consecuencia del deber,»² y contra este principio, se desenvuelve la teoría de un *derecho absoluto, natural é imprescriptible*, con un celo digno tan solamente de los discípulos de Juan Jacobo.

La nacion es «*esencialmente soberana.*»³ «La soberanía *reside en el seno* de la sociedad, *es idéntica* á la sociedad, es un atributo y una propiedad del pueblo.»⁴ «*Es eterno el derecho* (de soberanía); y para que jamás pudiera *prescribirse*, las naciones antiguas y modernas etc.»⁵ «La soberanía del pueblo *es eterna*, y en su aplicacion es sucesiva.»⁶

¿Necesitamos aducir mas testos para demostrar que por derecho de soberanía se entiende un derecho *absoluto, esencial, eterno, imprescriptible* é inherente á la naturaleza humana: un derecho imposible en el hombre, por lo mismo que todos sus derechos dependen de la circunstancia condicional de que cumpla ó no cumpla con su deber: un

1 Pág. 36.

2 Pág. 3.

3 Pág. 27.

4 Pág. 29.

5 Pág. 34.

6 Pág. 29.

derecho en fin, monstruosamente panteísta, puesto que se le llama *derecho divino de las sociedades, y traduccion humana de la omnipotencia divina?* Pero vamos á las consecuencias.

No bastaba abrazar únicamente la parte egoísta de la justicia, colocando en primer término un derecho absoluto, lo que es tanto como sentar al hombre en el sólio de la creacion, tributándole los honores de la divinidad. Era necesario santificar únicamente la parte mas egoísta de semejante interpretacion, sobreponiendo su derecho al derecho del pueblo.

Y ya es tiempo de que el pueblo sepa, que se le adorna con una púrpura de harapos y un cetro de caña, para reírse de su quimérica soberanía: que proclamando un derecho absoluto y general, solo le reconoce cada secta en cuanto conviene á sus miras particulares, y que á la sombra de un verdadero socialismo que seduce y engaña á la crédula muchedumbre, verifican todos los partidos un verdadero monopolio. Esta fué siempre una realidad práctica; pero debemos patentizar con las mismas razones de nuestros adversarios, que es una consecuencia inevitable de la falsedad de sus doctrinas.

Vosotros pedisteis á los monarcas el diploma de su derecho divino: presentadnos ahora el diploma que faculta á un solo partido para alzarse con la soberanía, ó de lo contrario, tenemos derecho para decir, que estais adulterando en beneficio propio un socialismo embozado.

Si en sociedad no se reconoce un deber superior al de venerar el derecho popular de la soberanía, y *no hay derecho contra el derecho*, segun la interpretacion que ha recibido esta sentencia de Bossuet, el derecho de la clase proletaria y menesterosa, el de la inmensa muchedumbre con la que para nada se cuenta en las cuestiones de organizacion social, es tan sagrado, cuando no mas, que el de los procuradores intrusos de la causa pública.

Estos señores nunca estuvieron facultados para despojar al *mayor número* de un derecho que, segun dicen, le *es esencial*, ni para estorbarle en el goce de su ciudadanía, ni mucho menos para dictar reglas al ejercicio de su potestad soberana. La inmensa mayoría de la nacion, puesto que no interviene en la constitucion política del Estado, si es soberana por naturaleza, soberana se queda, no delegando en nadie su derecho.

Si no hay nada mas ideal ni mas grande que el derecho, ni deber mas sagrado que el de respetar ese mismo derecho; mas ideal, mas grande y mas sagrado que el derecho de gozar pingües rentas adquiridas en el desbarajuste de la revolucion, es el derecho de comer, el de llevar pan á nuestros hijos.

Si el trabajo es el *único título* en que se funda la propiedad, el pueblo tiene derecho á vivir, derecho á trabajar para obtener una propiedad de que carece, y este derecho es infinitamente mas justo que el de disfrutar en la holganza una propiedad adquirida sin trabajo. Y si la razon suprema del derecho mas grande y mas ideal, es la de que todos deben resolver «las cuestiones de que depende la existencia y »el porvenir del pueblo,»¹ el pueblo y no la rebelde minoría de un partido ambicioso, el pueblo con sufragio ó no sufragio, como mejor le parezca, es el que debe hacer las leyes de que depende el bienestar y la existencia de sus hijos.

El pueblo, pues, ejercerá como le acomode su soberanía. Si se le dice que no tiene bastante discernimiento, contestará muy acertadamente que, segun le han referido, «*tiene una razon maravillosamente sábia que lleva el nombre modesto de sentido comun y es el oráculo de verdades muy profundas:*»² «que lo que la generalidad de los

1 Pág. 32.

2 Pág. 39.

»hombres no conoce por su propia inteligencia, lo alcanza
»por adivinacion del instinto.»¹ Si se pretende poner un
dique á la desmoralizacion, el pueblo dirá muy bien, que
sus tutores podrán, segun le han enseñado, formar un *parla-*
mento prostituido; ² mientras él «será siempre, en su
»inmensa muchedumbre, moral y honrado, y aborrecerá
»en su corazon todo lo que es aborrecible.»³

Si aun se insiste en que el pueblo «no se encuentra en
»completa actitud para ejercer sus derechos,» el pueblo re-
plicará que no considera á sus patronos en completa acti-
tud para desempeñar su tutela, y entre estos dos votos,
prevalecerá el del pueblo sobre el de una minoría insigni-
ficante: además de que el pueblo puede volver contra el
error sus propios argumentos. Porque si los directores de la
sociedad quieren gobernarla con su ciencia, «seguramente
»nadie podrá enseñar á la sociedad tanto como ella le
»ha enseñado,»⁴ y sobre todo, que «ningun hombre aun-
»que se llame génio, puede enseñar otras verdades que las
»que aprendió de la misma sociedad.»⁵

Y por último, si se concede que el pueblo jamás podrá
engañarse en cuanto al fin; pero que seria posible que errase
en cuanto á los medios de alcanzar el bien comun: el pue-
blo no dejará de agradecer tan oficiosa solicitud; pero
volviendo el argumento por pasiva, dirá, que sus tutores
pueden igualmente equivocarse los medios, por mas que
el fin que se propongan sea muy santo y muy laudable.
Y como el pueblo es el único sobre quien recaen tales des-
aciertos, rechazará, y con justísima indignacion, ese triste
protectorado que le hace derramar su dinero y su sangre
para verificar los repetidos cambios de decoracion que se

1 Pág. 39.

2 Pág. 43.

3 Idem.

4 Pág. 40.

5 Pág. 21.

sucedén en el mundo político, hoy á nombre de un principio, mañana de otro, y siempre invocando la opinion pública, la voluntad del pueblo, del pueblo que no sabe darse razon de tan repetidas tramoyas, ni acierta á comprender lo que se juega.

Y si despues de todo, insiste el sacerdocio de la prensa y de la tribuna, deplorando la falta de gobierno, la muchedumbre les dirá, que ha llegado el tiempo profetizado por Goduin: que el gobierno es un adefesio ridículo, puesto que si de intereses económicos se trata, el interés individual, segun dicen, debe ser independiente, y en cuanto al *interés comun*, bien saben los economistas, que esa frase no es mas que un pretesto plausible para encubrir el monopolio. Y si se trata de moralidad, puesto que al pueblo nunca le falta su correspondiente *bondad nativa* y su rectitud de conciencia, lo que le sobra es un gobierno que puede, al parecer, ofenderle con el escándalo de su propia prostitucion.

Estas y no otras, son las consecuencias de lo que se predica al pueblo: la negacion de todo gobierno y de toda autoridad; cualquier otra deduccion es arbitraria y de pura conveniencia. Cada partido detiene la revolucion donde mejor le place.

¡Oh! Dios nos conserve la fé de nuestros padres, porque de lo contrario, la fuerza irresistible de la lógica y el amor á la verdad, nos arrastran al socialismo. Dicen que el pueblo sabe; por fortuna ó por desgracia es tan cándido, que no acierta á deducir las consecuencias de lo que le enseñan. Y ¡ay del dia en que al través de su ignorancia llegue á vislumbrar la verdad! ¡Ay del dia en que comprenda que cuanto se habla de su derecho de soberanía, se traduce en la práctica y se traducirá constantemente por *dominacion* de este partido, *dominacion* del otro, en una palabra, por *dominacion* y solo por *dominacion*.

Entre los dos principios de autoridad y de libertad, no cabe otro término conciliador que la mentira. Entre la tribuna del pueblo y el s6lio del monarca, no cabe mas t6rmino medio que la *poltrona* del egoismo. Dos simulacros de soberanía y una verdadera *dominacion*; hé aquí todo el misterio.

Reconcíliense enbuenhora todas las banderías, porque no tienen motivo para maltratarse.

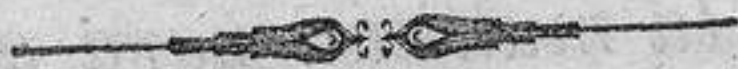
Ni el justo medio rechaza el progreso, ni el progreso rechaza el justo medio, ni la democracia deja de admitir un justo medio y un progreso á su modo. Todos aprueban la soberanía del pueblo «*en cierto modo, bajo ciertos aspectos y dentro de ciertos límites.*»¹

¿Y quién ha de determinar este modo, estos aspectos y estos límites? Es claro que han de ser los inteligentes, porque la inmensa mayoría del pueblo no acierta á vislumbrar la línea divisoria que separa esos colores confundidos por vagas y nebulosas medias tintas.

Por eso cuando las circunstancias lo permiten, se transije en cierto modo, bajo ciertos aspectos y dentro de ciertos límites.

¡Vaya todo esto por la her6ica tenacidad de los que nunca transijen!

1 Pág. 16.



LAS MAYORÍAS.

.....*Æstimes judicia, non números.*

(Senec. — Epístola 34.)

Los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes. Así se explica el P. Feyjóo comentando la sentencia en que Séneca recomendaba que apreciásemos las inteligencias, no por el número, sino por el peso.

Tan persuadido estaba el ilustre Padre de la orden de San Benito de la funesta interpretacion que habia recibido la mal entendida máxima, *Voz del pueblo, voz de Dios*,¹ que consagra á esta *preocupacion* el primer discurso de su *Teatro crítico*, aglomerando tal copia de datos y tan sensatas razones, que no tendrán mas que pedir los defensores del gran número.

Cuéntase que arengando Focion al pueblo de Atenas, como viera que toda la multitud le aplaudia, preguntó á sus compañeros, si habia dicho algun despropósito; rasgo que fué muy felizmente imitado por uno de los actuales constituyentes de España.

No participamos del cinismo de Diógenes que mandaba *ir siempre contra la multitud para acertar mejor*; pero somos (y perdónesenos un mosaico tan singular de citas) somos en esto, de la opinion muy autorizada del diario demócrata *La Soberanía*, el cual, despues de una prolija

enumeracion de todos los periódicos de Madrid, concluye diciendo: «periódicos pertenecientes al partido demócrata: *La Soberanía*.... (Siempre la verdad anduvo por el mundo en esta proporcion; *siempre estuvo en minoría!*)»¹

En efecto, *stultorum infinitus est numerus*: los génios son muy pocos, y hasta los génios encuentran mas fácilmente el error que la verdad.

Colocado el hombre en un desierto, solo tiene un camino que le conduce á la verdad, y tiene infinitos que le separan de ella. El error atrae con todos los recursos del vicio, y la verdad impone y humilla con toda la austeridad de la virtud. El error se encuentra sin molestia, y para descender á donde la verdad permanece oculta, es preciso un trabajo constante que fatiga. Es mil veces mas fácil errar el golpe que acertar en el blanco: casi todos son muy capaces de componer un poema atestado de desatinos, y solo el Dante pudo imaginar los terribles cuadros de la *Divina Comedia*.

Si los sábios se distinguen, es sin duda porque su ciencia aventaja á la del vulgo: la ciencia que no se aprende no se sabe, y no hay razon alguna para esceptuar la política.

Si la ciencia política es innata en el hombre, y éste no viene del estado salvaje, ¿por qué hay salvajes, y tantos que no les faltará mucho para encontrarse en mayoría?

La mayor parte de los hombres son, como dijo Larra, *libros encuadernados á la rústica*. «¡Y en el siglo de las luces confiamos la direccion del Estado á la parte mas ignorante!»²

Se dice del pueblo, que «seria posible que errase en cuanto á los medios de alcanzar el bien comun, aunque jamás podria engañarse en cuanto al fin.»³ Si se equivoca en los medios, de nada le sirve llevar en la mente un pro-

¹ Número correspondiente al 2 de febrero de 1856.

² Lamennais. *Pensamientos políticos*.

³ Pág. 12.

pósito laudable: con el buen fin de dar á un enfermo la salud y la vida, se le puede matar con una pócima venenosa.

Mucho se pone en tortura el raciocinio para justificar el derecho imaginario de la mayoría, que nunca dejará de ser el derecho de muchos contra uno, el derecho de la fuerza.

Pero es una anomalía singular! Los mas celosos por la autoridad del mayor número, son los que prácticamente conculcan mas ese principio. Contra la ley de las mayorías, preconizan la soberanía nacional absoluta, esto es, la de una minoría microscópica. Contra la ley del número, imponen su voluntad á la inmensa mayoría del pueblo que no ha depositado en ellos su confianza. Contra la misma ley, rechazan á todos los partidos que forman juntos una mayoría considerable, y declaran al suyo, único soberano; y apoderados del mando, no hay ejemplar de que hayan resignado su autoridad para ahorrar al pueblo muchas lágrimas y mucha sangre, cuando la nacion en masa reprobaba su conducta; al contrario, siempre hubo que despedirlos á balazos.

Allí donde pugnan varios partidos, mientras uno solo no sea superior en número á todos los demás, no hay mayoría ni gobierno que pueda fundar su título en la superioridad de número.... y que nos resuelvan este argumento. Si se enarbolan tres banderas, seguidas cada una por un millon de adictos, el partido que se atreva á decir «yo represento á la mayoría» falta á la verdad. Ese partido es una tercera parte de la poblacion, y puesto que las otras dos no se conforman con sus principios, se encuentra condenado por una inmensa mayoría.

Si se me dice que la mayoría necesaria para gober-

nar, no ha de ser absoluta, si no relativa, contestaré, que el mando que se trata de ejercer, no ha de ser relativo, sino absoluto é igual para todos, y por consiguiente, el voto general sin diferencia de colores políticos, debe ser el que decida. Absolutistas, conservadores y demócratas, por tener diferentes principios, no dejan de ser españoles: todos ellos convienen en una idea, en que el partido *dominante* no debe *dominar*: pues si los defensores del gran número respetáran el voto de la mayoría, tendrían que deponer el mando.

Se objetará que otro tanto se pueda decir de todos los partidos, y por consiguiente, que sería imposible el gobierno. Cabal! donde hay varios partidos iguales, no puede haber mayoría ni gobierno que á su nombre mande. Esa es la consecuencia.

Cierto «*que el número lo domina todo*»¹ cuando falta una *autoridad superior*; pero tengan la bondad de decirnos, si eso de *dominar* arguye justicia ó supone razon alguna.

Precisamente porque acontece con frecuencia *ut major pars vincat meliorem*, como ha dicho un célebre teólogo español,² es por lo que necesitamos de un poder *soberano* que castigue semejantes tropelías.³

No es cierto, como se dice, que «la ley incontestable

¹ Pág. 38.

² Melchor Cano. Opera lib. V., cap. V.

³ En un remitido anónimo que, en contra de nuestras doctrinas, apareció en *El Centinela de Asturias*, recuerdo haber leído una sentencia muy digna de los que veneran como Dios al elefante. Hablando el anónimo articulista del pueblo, dice «que todo derecho debe ceder, ante el derecho de su inmensa fuerza.» ¡Rotundo endecasílabo! He aquí la democracia pintada por sí misma.

»de las mayorías se cumple tambien en *aquel reino que no es de este mundo;*»¹ ni mucho menos que la autoridad pontificia «*fué realizada por diez y nueve siglos de la Historia,*» y que «*nace en el Quirinal de un escrutinio.*»²

Hé aquí el protestantismo en cuatro palabras: la quinta esencia de la soberanía popular en el orden religioso.

Religion sin santidad, moral sin virtudes, caridad sustituida por un egoismo filantrópico... Ah! no se inunde la atmósfera de exhalaciones impuras removiendo ese cadáver digno de compasion.

No es menos inesacto el suponer que «pronuncia el Espíritu-Santo su palabra divina por boca de la mayoría, y que esta *mayoría es infalible.*»³

Los concilios así particulares como generales, si no son aprobados por el Sumo Pontífice, no son infalibles. La Iglesia no es un cuerpo acéfalo, la Iglesia está donde está su cabeza, como dice S. Ambrosio: *Ubi ergo Petrus, ibi Ecclesia,*⁴ y no se nos venga con lo del concilio de Constanza y demás imposturas con las que se nos hace tener ideas tan desacertadas en nuestra primera juventud.

La *mayoría* del concilio de Rimini del año 359, sorprendida por las astucias del arrianismo, conculcó la fé del sagrado concilio de Nicea; pero el papa Siverio negó su aprobacion á las actas de ese que los católicos tienen por conciliábulo, á pesar de que asistieron á él cuatrocientos PP. de la Iglesia, *Et ubique ergo Petrus, ibi Ecclesia.*

Rogado el Sumo Pontífice en la sesion 45 del concilio de Constanza, para que diera su aprobacion á todo lo acordado en las sesiones anteriores, la concedió solo á lo que se habia decidido respecto á la fé, *et non aliter nec alio*

1 Pág. 38.

2 Idem.

3 Idem.

4 In Psalmum 40, núm. 30.

modo: y contra toda ley de mayorías, prevaleció su dictámen decisivo.

El concilio de Basilea desde la sesión 25 no tiene autoridad, porque se separó del Jefe de la Iglesia, Eugenio IV: y por esta misma razón, muchos cánones, muchas sesiones y muchos conciliábulos reunidos por los manejos del regalismo, todos fueron condenados al desprecio: porque la Iglesia católica no es, como se dice, «*la gran congregación de los creyentes*,»¹ no, la Iglesia católica está allí donde se encuentra el Soberano Pontífice. *Et ubique ergo Petrus, ibi Ecclesia.*

Váyase, pues, con tal argumento en pro de las mayorías, á los que queman en efígie al Jefe de la Iglesia, y no se venga con semejante sandez á los católicos, echándoles en cara una fé que no tienen ni han tenido nunca, la fé revolucionaria en la infalibilidad del mayor número.

Pero nada mas natural que este lenguaje, cuando se supone que la autoridad pontificia *fué realizada* por diez y nueve siglos de la Historia, y que *nace* en el Quirinal de un escrutinio.

La autoridad del Pontífice no *fué realizada* por el tiempo: pierdan esa ilusión los racionalistas que prendados de la omnipotencia humana, se recrean viendo en el pontificado una obra de propia invención, obra á la que esperan dar la última mano, modelándola conforme á las exigencias de la cultura moderna. Miserable presunción! ¡No son capaces de organizar en un solo pueblo un gobierno soportable, y sueñan en la embriaguez de su orgullo, con la gloria de haber levantado sobre la ciudad eterna la cátedra de San Pedro!

¡Qué la autoridad pontificia *nace* en el Quirinal de un escrutinio! ¡En qué concepto se trae á colación tan pere-

grina especie? ¿Se supone, por ventura, que de la mayoría de los cardenales y prelados recibe el Papa su poder espiritual, como, según dicen, la autoridad política recibe su poder de la mayoría del pueblo? En este caso nos creemos dispensados de contestar á una observacion que no se dirige á nosotros, porque esa no es la fé católica, sino la apostasía de los tráfugas de la Iglesia.

¿Se cree que el cónclave no hace mas que designar la persona que ha de recibir del cielo la potestad suprema del orbe católico, y que una vez elegida no hay en la tierra poder bastante para despojarla de su autoridad? En este caso, el argumento no puede ser mas inofensivo, porque está perfectamente de acuerdo con nuestras ideas, y viene á confirmar los principios que profesa toda la Iglesia católica, á pesar de que se ha querido atribuir á sus doctores una opinion que jamás han tenido, como lo veremos en su lugar oportuno.

En cuanto á los otros linajes de mayorías que se nos citan, poco tenemos que decir. Donde quiera que una sociedad de hombres se rige por lo que declara la mayoría, no puede suceder esto sino por una de dos causas.

Ó hay un poder central superior á esa corporacion, ó no. En el primer caso, el poder superior que determina la forma indispensable para que sean legítimos los acuerdos de cualquiera corporacion, es el que da fuerza al dictámen de la mayoría. Y es claro que no es la mayoría por la sola virtud del número, la que decide: porque si el poder superior, siguiendo el consejo de Séneca, mandára regirse por el voto de la minoría ó por la simple voluntad del presidente, la minoría ó el presidente solo, tendrían la misma consideracion que el mayor número.

No siendo así, la mayoría de una corporacion recibe su autoridad decisiva del unánime consentimiento de todos los individuos que al ingresar en ella, adoptaron este régi-

men de gobierno, como pudieron adoptar otros muchos; pero en este caso, la mayoría nunca tendrá autoridad sobre los que no han ingresado voluntariamente en la corporacion.

¿Sucedé esto por ventura en la sociedad civil? ¿No se impone á viva fuerza la suprema ley del número?

La cuestion filosófica siempre aparece la misma, aunque se la mire por todas sus fases. Ó hay un poder superior que somete, ó la sumision tiene que ser de todo punto espontánea. Ó autoridad verdadera, ó verdadera libertad. Ó absoluta dependencia, ó independencia absoluta.

Siempre nos enoja el ver á una débil criatura maltratada por un hombre que abusa de su fuerza; pero cuando vemos á un individuo desamparado, víctima de una turba de agresores, el desafuero nos parece mucho mas criminal, se enciende el alma en generosa indignacion, y una simpatía natural nos hace despreciar todos los peligros, para acudir en socorro de la debilidad oprimida.

Esto fué ordenado así por la naturaleza; pero la reciente filosofia que pretende dar al hombre un organismo artificial, dispuso las cosas de otro modo. Solo ella ha podido imaginarse que siendo malo el delito cuando se ejecuta por un hombre solo, puede llegar á ser una virtud, multiplicándose el número de delincuentes.

Sea en hora buena. Demos á la mayoría un derecho que no tiene; pero que nos resuelvan por favor esta dificultad: *¿Dónde está la mayoría?*

Vosotros los que dedicais magníficas epopeyas á la fuerza irresistible del gran número, estasiados en la contemplacion de su *omnipotencia*, como nuestros mayores se estasiaban ante la grandeza brutal de mónstruos imagina-

rios, tened entendido, que esa superioridad compacta es una ilusion, una quimera. Porque *¿dónde está la mayoría?*

Yo veo en el espacio de veinte años veinte revoluciones, todas ellas caracterizadas con el sello de la opinion pública: en todas oigo los clamores del pueblo, en todas se proclama el santo nombre de la patria, en todas se hace oir la voluntad nacional con la simpática voz de los cañones: hoy derriba el pueblo á costa de su sangre, lo que el mismo pueblo y al caro precio de su propia sangre, habia levantado ayer: hoy cubre el pueblo con un crespon de infamia la bandera que ondeaba ayer con gallardía, enarbolada por las turbas, y saludada por las aclamaciones del pueblo. Pues si la mayoría nacional no ha perdido la razon, el pueblo, la nacion, la mayoría *¿dónde están?*

Suenan voces, vivas y vituperios, y se acuchilla y se mata. *¿Por qué motivo?* Claro! porque no se cumple la voluntad del pueblo. Y *¿qué es lo que pide la mayoría del pueblo?* Contestan mil clamores gritando á la vez, que la mayoría del pueblo quiere orden, progreso, democracia, absolutismo, empleos, sangre, moralidad... Y en esta confusion, en este estruendo, el humo de la pólvora nos ha dejado á oscuras. *¿Habrá quien nos diga por caridad dónde está la mayoría?*

Todos los partidos se jactan de representar á la mayoría: todos sostienen que sus opiniones son las del pueblo. *¿Cuál es el poder autorizado para decidir esta contienda?* *¿Qué juez es el que decide donde está la mayoría?* Hé aquí la verdadera dificultad.

Una de dos: ó el partido que se crea representante de la mayoría, ha de someter su causa al arbitrio de las demás fracciones que desean aniquilarle, ó la ha de sentenciar él mismo: no cabe otro recurso, puesto que no hay una autoridad superior.

Lo primero, no lo hará ningun partido, porque sería

tanto como suicidarse: necesita, pues, hacer valer sus derechos como pueda; pero en igual caso se encuentran todos los partidos, y como ninguno desiste, la cuestion queda reducida á una lucha de todos contra todos y por todos los medios que tenga cada uno á su alcance.

Llevadas las cosas á este extremo, triunfará infaliblemente la mayoría. Pero esta ¿será, por ventura, la mayoría de la nacion? Todo menos eso. La mayoría que triunfa en un combate de encontrados elementos, no es la mayoría numérica, no, es la mayoría de los elementos que combaten: es la fuerza superior de la intriga y del soborno que vencen siempre á la pobreza desvalida: es el poder supremo de la ambicion y del orgullo, que postergan siempre á la virtud oculta y olvidada en el santuario misterioso de la modestia: es la superioridad del torpe engaño y de la seductora hipocresía que atraen á la muchedumbre derramando promesas para el porvenir: la cuestion, en fin, es cuestion de audacia, de intriga, de soborno y de fuerza, y aquella fraccion que sepa emplear mejor estos medios inícuos, alcanzará infaliblemente la victoria.

Ved ahí lo que es y será siempre la mayoría, no por abusos escepcionales, no por circunstancias de actualidad, sino absoluta y necesariamente, porque donde hay lucha, vuelvo á repetirlo y lo diré mil veces, siempre triunfarán los elementos mas poderosos que combaten.

Ah! es un delito de lesa nacion, es un insulto á la patria, el decir que esas mayorías siempre artificiales representan al pueblo, como si todo el pueblo y la nacion entera aprobáran la intervencion de tan inícuos medios. La nacion en su inmensa mayoría, ve con sentimiento esas luchas bastardas, y sufre y calla, porque de nada la sirve ser mayor en número, cuando una minoría turbulenta tiene mas oro, mas fuerza material, mas ambicion y, sobre todo, mas osadía que todo el resto de la nacion.

Cuando lucha la fuerza contra la fuerza, decís, solo triunfa la fuerza: pues cuando lucha la intriga contra la intriga, ¿por qué ha de triunfar la verdad?

¿Y á qué se apela para evitar esto? ¿Al poder regularizador de un partido que encargado del gobierno, impida que se desnaturalice el sufragio? Pero como no sabemos cual es el que representa á la mayoría, tampoco sabemos cual debe ser depositario de tan peligrosa confianza. Todos querrán ser gobierno, y volvemos á empezar de nuevo la cuestion, porque apoderado cualquiera del mando, hará salir de las urnas electorales la *verdad social* que mas le convenga, por los infinitos medios que tiene á su disposicion.

Hé aquí al liberalismo encerrado en un círculo de hierro que solo puede romper á viva fuerza. Reconocen la necesidad de gobierno para todo, menos para decidir quienes han de ejercer ese gobierno: y esta cuestion magna, esta cuestion eterna, queda entregada al acaso, á las eventualidades de una lucha que llama al palenque de la intriga todas las pasiones miserables, distrayendo la actividad nacional de las artes y de las ciencias, para consumirla en el trabajo desmoralizador de hacer y deshacer gobiernos.

A todas estas razones, nunca desmentidas por la práctica, se acostumbra contestar con una sandez. Nosotros, se dice, nosotros no hablamos de pandillas ni de tumultos: no hablamos de mayorías hechas con el poder del oro ni con el cebo de los destinos públicos; hablamos en abstracto de la mayoría nacional, de la verdadera mayoría.

No se ha forjado el hombre ninguna ilusion mas funesta que la de imaginarse una sociedad ideal como no existe en

el mundo. Si se habla de unos seres nacidos y *conservados á imagen y semejanza de Dios*, de una sociedad compacta, cuya mayoría, lo mismo que un hombre solo, habla y dice lo que siente: si se trata de un pueblo que no es, en su mayor parte, mudo espectador de las refriegas políticas, y cuya mayoría beligerante no se espresa por el discorde clamoreo de cincuenta mayorías que piden diferentes cosas, esa ilusión, ese bello ideal, ese jardín de Armida, esa Arcadia feliz donde se respira ámpliamente el aura suave de una libertad que no ocasiona vértigos mortales, todo ese delirio no ha descendido aun de los espacios imaginarios.

A tener un fondo de realidad los ensueños del idealismo político, ¿cómo no se advierte que un pueblo tan angelical absolutamente para nada necesita el gobierno porque suspiran todos? ¡Sublime ciencia la que investiga los medios de gobernar una humanidad que supone de antemano gobernada por la naturaleza!

Si se necesita un gobierno, es precisamente porque no hay dos hombres de un mismo parecer, porque la discordia nace con el hombre, llena su existencia de amargura, y ni respeta el reposo del sepulcro, puesto que mas de una vez se la vió arrastrar con saña las osamentas de los muertos.

Lo que se llama la mayoría de un pueblo, se manifiesta siempre por multitud de bandos y partidos que se disputan el poder, todos á título de mayoría, todos en nombre de la patria; y si para calmar esa destructora efervescencia, no se propone mas medio que la lucha, y una lucha cada vez mas encarnizada, entonces... ¡ay del pueblo! ¡ay de la multitud desvalida, que no tiene otro recurso para hacerse respetar, que ofrecer á la vista el triste cuadro de sus padecimientos!

Por eso no ha muerto el feudalismo, no. El feudalismo sigue con otros nombres y con diverso colorido. Sobre las venerables ruinas del feudalismo bárbaro, y con sus mismas riquezas ensoberbecido, se levanta el feudalismo civilizado, ostentando con insolencia todo lo que el antiguo tenía de repugnante y de absurdo; pero sin poder ostentar lo que tuvo aquel de generoso y de grande.

Esa minoría de sábios que sobreponiéndose á la soberanía monárquica y á la soberanía popular, se encargó, hace tantos años, de llevar á su patria por las dichas *vías* de la civilización, y que tantas veces arrastró por el lodo la dignidad nacional, esa minoría es una aristocracia, y los señores que la componen tienen tan odiosos privilegios y tan irritantes prerrogativas como los antiguos *ricos homes*.

Desde el lugar humilde hasta la corte, por do quiera se encuentran hijosdalgos encastillados en la cumbre inaccesible de su poderoso influjo. Antes se ostentaban con orgullo los árboles genealógicos, hoy se ostenta con vanidad insolente las infinitas ramificaciones de favor y de compromiso que unen á un tiranuelo de aldea con la nodriza de un alto funcionario, ó con la señora de sus pensamientos, y ¡esta si que es *la ley suma de las naciones* modernas!

Por lo demás... ¡El pueblo! ¡Qué habláis del pueblo! Su sangre es la que hace brotar en cada pronunciamiento una nueva aristocracia adornada siempre con el título de *nueva mayoría*.

El pueblo solo tiene derechos á la hora del combate; al último tiro sucede la voz de mando, y al pueblo entonces solo le toca obedecer, hasta que se le irrite lo bastante y se le alucine con las hermosas perspectivas de un porvenir pintado á capricho, para que ardiendo en ira derrame sobre sus propios hijos la benéfica lluvia de balazos que hará brotar floreciente y erguida otra nueva aristocracia.

Pero nosotros que tambien somos pueblo, porque el

pueblo nos meció en la cuna, y hemos participado de sus inocentes alegrías, y derramado con él lágrimas de indignación cuando los esbirros de antiguos demagogos arrancaban á nuestros padres el fruto de su trabajo, para sostener con fastuosa opulencia los escándalos de la Corte: nosotros tenemos un derecho indisputable para decir muy alto, que se engañan y engañan al pueblo los que pretenden embriagarle de orgullo, haciéndole creer que sabe, cuando no hace mas que imitar lo que no comprende, y que va llevado por un instinto milagroso, cuando no hace otra cosa que seguir el ejemplo de los que, lisonjeándole, se hacen dueños de su voluntad.

Si muchos filósofos han dicho con fundamento que los hombres son niños grandes, el pueblo es el que merece con especialidad esta calificación. Apenas le da el día bastante luz para su trabajo, ni la noche tiempo bastante para reposar de sus fatigas, y no es extraño que ni estudie ni sepa.

En esa ignorancia propia *de la menor edad*, nada mas natural que se estase al oír la verbosidad de los que se venden por protectores suyos: que como los niños aspire, no á lo que mas le importa, sino á lo que mas le agrada, y que dócil á toda clase de amonestaciones, marche sin saber adónde al compás de un himno guerrero.

Por eso la inmensa mayoría juzga por vanas apariencias y aclama, sobre todo, al patriota que no cuenta con otra capacidad que la de sus pulmones. Por eso, voluble como un niño, hoy suspira por el juguete que mañana despedaza, y hoy trae á su rey entre palmas y laureles, cantando *Hosanna*, y á pocos días grita con rencor sanguinario ¡*crucifige! ¡crucifige!*

Hemos estudiado al pueblo, no á vista de pájaro, desde las nebulosas cumbres de un panteísmo demócrata, á donde no llegan los suspiros de la plebe, sino entre la andrajosa

muchedumbre que nos ha enseñado á hablar: y porque escribimos estas líneas bajo su techo enmohecido, es por lo que decimos y diremos siempre en obsequio de la verdad, que la inmensa mayoría del pueblo no sabe, que no comprende, y que solo cuenta los trastornos políticos por el número de sus trabajos.

En resúmen: la verdadera mayoría del pueblo es la víctima que vive sacrificada por una minoría turbulenta: las infinitas fracciones de esta minoría monopolizan el gobierno sin contar para nada con el pueblo. La rivalidad producirá siempre una anarquía constante, porque ningun partido tiene título de mayoría para gobernar, mientras que á los demás les asiste una razon muy justa para derribar al que se apodere del mando. En este flujo y reflujo de tumultos ambiciosos, triunfará constantemente la intriga ó la fuerza, por lo mismo que *falta una autoridad superior* que ponga coto á tantas demasías.

Pero entre tanto, la *filosofía del porvenir* seguirá entreteniendo á la crédula muchedumbre, y profetizándola un Paraíso que gozarán sin duda nuestros descendientes allá para la milésima generacion.

Olvidamos las consideraciones debidas á nuestro digno contendiente, al combatir doctrinas que aborrecemos por lo que tienen de seductor y de falso. Dispénsenos el Sr. Borbolla la ruda franqueza con que atacamos sus principios. En la escuela mas inconsecuente y mas absurda se pueden encontrar muy bien personas tan apreciables como el señor Borbolla, asi como no seria extraño ver en defensa de la mejor causa, á un criminal depravado.

CITAS Y AUTORIDADES.

Es incalificable la lijereza con que se atribuye á los SS. PP. y doctores católicos doctrinas que jamás han defendido.

Veinticinco citas se nos presentan: veinticinco textos que están suspirando amargamente por volver á los capítulos XLIX y LII de *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, de Balmes.

El eminente publicista español trae toda esa legion de citas regimentadas por el mismo orden y sin que falte una sola,¹ en apoyo y defensa del *Derecho divino*.

Esto es lo que nos indigna: esto lo que nos hace aborrecer á una escuela que no, no busca sincera y generosamente la verdad, porque la teme.

Cuando en una cuestion política se invoca la venerable autoridad de los SS. PP., no falta quien se burle de semejante anacronismo: porque es cosa corriente que hasta ahora no se han ventilado cuestiones sociales, y que nuestros mayores obedecieron como autómatas al poder mecánico de un organismo que no comprendían.

Pero ah! se trae en apoyo de una mentira halagüeña algun testo equívoco, algun párrafo suelto, alguna doctrina

¹ La cita de Sto Tomás qu 90, está hecha por el P. Daniel Concina en un testo del capítulo XLIX de la misma obra; no se hizo mas que evacuarla.

que refleja dos colores distintos segun el punto de vista que se adopte, y hé aquí que se baten palmas y se celebra la oportunidad de que vengan los reverendísimos doctores á dar el golpe de gracia, en corroboracion del consabido axioma.

El dogma católico del derecho divino y la soberanía popular son antagónicos, forman juntos una verdadera antítesis. ¡Cómo, pues, las mismas autoridades, los mismos textos y las palabras mismas que aduce Balmes en defensa del derecho divino, le sirven al Sr. Borbolla para apoyar la negacion mas esplicita de ese dogma! Esto parecerá algun tanto anómalo, y sin embargo nada mas sencillo.

Si se omite *dixit insipiens in corde suo*, cualquiera podrá acusar á la Biblia de ateismo, asegurando que en sus divinas páginas se lee, *non est Deus!*

Cuando se cita un pasaje aislado, sucede lo propio que cuando se trunca una oracion y no se nos dan noticias mas detalladas de los antecedentes y consiguientes.

Sublato jure positivo, como dice Belarmino en el primer texto que de este cardenal alega el Sr. Borbolla: *sublato jure positivo*, es decir, haciendo abstraccion de cuanto se halla organizado y constituido de un modo irrevocable, nadie niega ni ha negado nunca que los asociados tengan *el deber imprescindible* de organizar un gobierno.

Pero lo que no se nos ha dicho, sobre lo que se ha guardado un estudiado silencio, es sobre la doctrina de los teólogos y SS. PP. respecto al caso en que la multitud haya concluido su mision, dando forma á una autoridad que ya se encuentra robustecida por el derecho positivo. Y esto es precisamente lo que nos interesa: porque no somos nó-madas del desierto que hayamos resuelto fijar nuestras tiendas y formar una sociedad política, sino individuos de una sociedad política ya formada con autoridad, gobierno, administracion, leyes, tradiciones y costumbres.

Y ¿qué dicen los mismos escritores que cita el Sr. Borrholla, respecto al particular?

En el opúsculo *DE REGIMINE PRINCIPUM*, obra que segun nos habian dicho repetidas veces, respira el mas fresco y plácido liberalismo, hemos leído con asombro estas palabras, que no parecen escritas seis siglos hace, sino en la actualidad y para resolver la cuestion que nos ocupa: «Pero »si mandan muchos injustamente, (el gobierno entonces) »se llama *democracia*, esto es, *potentatus populi*¹ y sucede esto, cuando la plebe *per potentiam multitudinis*² »opprime á los poderosos. El pueblo es entonces como un »solo tirano.» (1)

¿Y cómo se concilia la Soberanía popular de Santo Tomás con el siguiente pasaje? «Al príncipe se le considera esento »de la ley *en cuanto no tiene superior alguno que le pueda »juzgar aun cuando obre contra la ley*; pero está sujeto á ella, en cuanto es la regla de sus operaciones: (2) es decir, que está moralmente obligado; pero sin que podamos nunca por medio de la rebelion, obligarle á observar las leyes; porque como dice el mismo Santo en la *SUMMA*, «la rebelion es contraria al bien comun, y por lo tanto *siempre »pecado mortal.*» (3)

Esto es así, porque segun el mismo San Juan Crisóstomo, que tambien se nos ha citado, «elegido y confirmado el rey, tiene potestad sobre sus vasallos, y el pueblo »ya no puede arrancar del cuello el yugo que se ha impuesto.» (4) El cual yugo se le ha de imponer el pueblo no por *un derecho natural é imprescriptible*, sino forzosa y necesariamente, porque segun Belarmino al final del primer testo que se nos ha citado, los asociados «*velint nolint,* »que quieran que no quieran, deben ser gobernados por »alguno.» (5)

1. Como si dijéramos, Soberanía popular.

2. Por la ley del mayor número.

Y todo esto no puede ser de otro modo, porque como dice el P. Daniel Concina en un párrafo que sigue inmediatamente al último que de este escritor se nos ha citado, «hecha la designacion de la persona ó personas que hayan »de mandar, se dice que esta potestad viene de Dios, en »cuanto *la sociedad misma* está obligada por derecho natural y divino á obedecer al que impera.» (6)

Esto dicen los escritores mencionados, esto dice Suarez, la gloria de nuestra teología, esto dice Billuart en su tratado *De legibus*, y no aglomeraremos mas citas por no hacer pesada la lectura de este escrito.

Ahora bien, ¿cómo se concilia esto con los textos que se alegan en defensa de la Soberanía popular? Los sostenedores del gran *axioma*, ¿no han declamado siempre contra la teología católica, porque segun dicen, enseña á los fieles un principio que es la fórmula mas repugnante del despotismo teocrático? ¿Cómo se viene ahora con el peregrino descubrimiento de que esos mismos teólogos ya no defienden el *despotismo* sino la soberanía popular?

La revolucion que tantas y tantas veces se ha servido de medios nada honrosos, para hundir instituciones santas y desacreditar doctrinas que esplican al pueblo sus verdaderos intereses, se ha esforzado en presentar la doctrina católica del origen divino de toda potestad, como su sentencia de muerte.

El fanatismo vociferaba, la ignorancia le aplaudia, y no habia medio de estirpar un error que atraia contra la religion el ódio de algunas almas generosas, pero alucinadas por el exterior simpático de la impostura. Al fin se abren las obras de los SS. PP. y se demuestra que ellos solos han defendido la libertad del pueblo. Los tristes resultados de una larga esperiencia preparan favorablemente la opinion pública, y al encontrar muy racional y muy sábia la doctrina que tanto se habia escarnecido sin conocerla, la

revolucion, olvidando lo que ayer repitió hasta la saciedad, canta victoria y enseña á la dócil muchedumbre que hasta los SS. PP. defienden la anarquía. Al ver esto ¿hay quien todavía se canse en discutir? ¿Para qué sirve la discusion si no se desea el triunfo de la verdad?

Poco diremos para desvirtuar la forzada interpretacion de los textos latinos que, merced al trabajo infatigable de un escritor ilustre, se han traído al debate.

Queriendo amalgamar la doctrina católica y el panteísmo germánico, se ha pretendido identificar *el derecho divino mediato* con la *soberanía del pueblo*, presentando el *derecho divino inmediato* como un extremo horroroso al que debíamos apelar necesariamente á no admitir una monstruosidad.

En primer lugar, como observan los escritores modernos, y muy especialmente Balmes, entre el derecho divino *mediato* y el *inmediato*, no cabe ninguna diferencia esencial. Sostenían unos que Dios daba directa é *inmediatamente* autoridad al poder civil, y otros que esta autoridad la recibían los gobiernos *mediante* la *eleccion expresa ó tácita*.

Pero ni los defensores del derecho divino *inmediato* decían que esa autoridad la recibía cualquiera, ni los que apoyaban el derecho divino *mediato*, reconocían en la multitud un amplio poder para derribar á su antojo el orden una vez constituido. Todos convenían en que organizado el gobierno, como dice Bossuet, «Dios toma bajo su protección á todos los gobiernos legítimos, sea cual fuese su forma, y quien pretende derribarlos es no solo enemigo público sino de Dios.»

Al sostener que los gobiernos recibían de Dios *primitiva y originariamente* su autoridad, mediante la elección expresa ó tácita, no hacían mas que proclamar un principio verdadero y santo, con el objeto de rechazar como sacrílega toda pretensión ilegítima.

Con mas talento y una filosofía mas profunda que los que se dedican á confeccionar sistemas sociales, reconocían que la soberanía no puede estar *pro indiviso* entre dos rivales poderosos, porque esto equivale á proponer una anarquía eterna para conseguir la paz, y es tanto como burlarse del precepto natural y del precepto religioso.

El derecho natural y el derecho divino exigen que se tenga un gobierno: este es un deber, por ejemplo, para los náufragos que arriban á una isla desierta y se encuentran sin un poder regularizador, ó para un pueblo que por catástrofes extraordinarias se encuentra huérfano de autoridad.

Pero constituida la autoridad, el mismo *deber de tener gobierno*, es el que nos obliga á mirar como sagrado el poder constituido, tanto que, ó rechazamos la verdadera idea de gobierno, porque nuestro orgullo y nuestro amor propio se resisten á reconocer la necesidad natural y el deber de venerar una autoridad, ó tenemos que convenir en que esa autoridad una vez constituida, tiene que ser superior, y por consiguiente, soberana.

¿Para qué se constituye el gobierno? Para armonizar las fuerzas anárquicas de la multitud, para dirigir las á un fin determinado, para reconciliar esa confusión de aspiraciones generosas y de bastardas voluntades, ese choque tempestuoso de ideas enemigas. Pues desde el momento en que el gobierno, para arreglar su conducta, deba de someterse á la fuerza superior de esa misma confusión; de ese caos, la conducta del gobierno precisa é indispensablemente será incierta, contradictoria, vacilante y anárquica. ¿Por qué?

porque para huir de la anarquía levantamos un gobierno que está sometido á la anarquía, es decir, un contrasentido, un absurdo, en una palabra, la *Soberanía nacional*.

Véase cómo, eminentemente filosófica la doctrina católica relativa al origen divino y á la inviolabilidad del poder civil, es el polo opuesto del moderno dogma. Los ilustres génios que enseñaron al mundo é interpretaron genuinamente la verdad revelada sin pretender amoldarla á su capricho, ni adularon á los déspotas ni al pueblo. Reprobaron siempre el despotismo, así como reprobaron la desobediencia: jamás reconocieron que un tropel de hombres, una sociedad sin cabeza tuviese autoridad alguna. Así es que cuando hablaban del pueblo, de la sociedad, no entendían, como ahora se entiende, un pueblo sin autoridad, una sociedad decapitada, porque esta es una quimera.

Al hablar del pueblo, le consideraban, como está siempre bien ó mal gobernado por una autoridad; pero sin que esta autoridad fuera inferior á los súbditos, porque entonces ya no sería autoridad.

Esta autoridad, segun los escritores sagrados, no está constituida para ser juguete del capricho humano, sino por voluntad de Dios y para cumplir esta misma voluntad infinitamente mas sagrada que la del hombre. Así es que «*Qui »potestati resistit, Dei ordinationi resistit:*¹ Quien resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios.»

Y es preciso, segun la doctrina católica, respetar con sumision no solo á los gobernantes buenos y modestos, *sed etiam dyscolis*, so pena de obedecer á un pueblo díscolo que es el peor de los tiranos.

Si una autoridad legítima no es siempre justa ni obra constantemente con acierto, no por eso deja de ser autoridad. De que el gobierno falte á su deber, no se deduce

1 S. Pab. Rom. 13.

que los súbditos estén dispensados de cumplir el suyo: lo contrario, es formarse una idea muy pobre, muy mezquina del deber: es suponer que el hombre no tiene otras obligaciones que las que se impone por un compromiso mútuo, por un *Contrato social*.

Y hay algo mas sublime que sostiene las sociedades, hay algun espíritu vital mas puro que las rejuvenece y vivifica: porque no se concibe la sociedad sin órden, el órden sin subordinacion, la subordinacion sin obediencia y respeto del inferior al superior, y esta obediencia, esta sumision no se consiguen de una manera estable con el atractivo del presupuesto ni con el poder de las bayonetas.

No se burlen del *derecho divino* los que ven con satisfaccion el órden de cosas que se ha logrado establecer: porque merced á la fé que se conserva vivamente encarnada en la sociedad española, merced al sentimiento de reverente sumision, que la hace mirar como sagrada toda autoridad, merced, en fin, á lo poco que el pueblo conoce el *derecho humano* y á lo mucho que respeta el *derecho divino*, subsisten y se perpetuan gobiernos que predicán la insubordinacion.

Si por desgracia llegara un dia en que los clamores de la revolucion lograran despertar de su letargo la inteligencia del pueblo, si la mayoría de la nacion perdiera el celo religioso con que obedece cuanto se la manda en nombre de la autoridad, en una palabra, si llegara á convencerse de su propia soberanía, entonces veríamos el triste fin de tantos gobiernos como subsisten ultrajando la misma sangre que se derrama en su defensa.

Si la minoría que bulle y vocifera obedece al impulso de sus opiniones políticas, ó á la fuerza de las armas, la inmensa mayoría aun es dócil y obediente, porque en toda autoridad vé un reflejo de la autoridad de Dios. El huracan ha destrozado la copa que antes se levantaba erguida y ha

caído á tierra, herido por el rayo, el frondoso ramaje que antes subia hasta perderse entre los celajes de la gloria; pero el árbol conserva su primitiva robustez, porque aun corre por el tronco parte de la vetusta sábia que le fortalecia.

Escitado el pueblo español por tantas doctrinas que tienden á despertar en su seno el fuego revolucionario, no puede desprenderse del respeto filial que le hace mirar como padre á todo poder constituido, y por eso le da sin replicar, el fruto de sus fatigas para sepultarle en la sima del presupuesto, y su propia sangre para satisfacer mezquinas rivalidades. Porque en el fondo de su corazon está gravado este axioma de moral que podrá ser tan retrógrado como se quiera, pero que es el único que sostiene la nacionalidad española: *Un padre por ser malo y hasta ilegítimo, no deja de ser padre, ni sus hijos están por eso dispensados de tributarle amor y respeto.*

PUEBLO SOBERANO Y SÚBDITO.

Ya es tiempo de presentar la cuestión bajo el aspecto mas sencillo.

Si el pueblo es soberano ¿quiénes son los súbditos?

¿Cómo el derecho de mandar se traduce en la práctica por el deber de obedecer?

Si la soberanía es esencial en el pueblo, ¿cómo el pueblo se despoja de su propia esencia y queda siendo pueblo y pueblo soberano?

Si la soberanía *est super omnia* ¿cómo el pueblo es superior é inferior á sí mismo?

Si el gobierno obra por delegacion de los que depositaron en él su soberanía ¿qué partido se adopta con los que no han hecho tal delegacion?

Si la fuerza obligatoria de las leyes viene del hombre, ¿qué se hace con los que no las obedecen?

El pueblo cede su derecho de gobernar y se queda con él, de manera que le cede y no le cede. Si no cede ese derecho ¿por qué hay gobiernos? Y si le cede ¿por qué se santifican las revoluciones?

Hé aquí una madeja enredada que solo puede desenmarañarse arrojándola á las hogueras de un pronunciamiento.

Se dice que *el principio no es la fórmula*, que á esa fórmula se la irá quitando y poniendo hasta conseguir que sea la genuina espresion del principio cuya evidencia no se puede poner en duda.

Esta contestacion es de las muchas evasivas que no dejan réplica posible, porque sumergen al curioso investigador en un piélago de dudas.

Hablemos claro: la cuestion de la soberanía popular es una cuestion moral, en el órden moral no hay mas que verdades simples, absolutas y eternas, y esas verdades no pueden tener una fórmula mas exacta que aquella que sirve para hacerlas comprender con la claridad de la evidencia. No cabe en el órden filosófico y moral otra clase de fórmulas.

Si por fórmula se entiende la aplicacion práctica de ese principio, puesto que el principio es falso, la soberanía nacional nunca dejará de ser una *verdad de pura fórmula*.

A primera vista seduce esa filosofia del porvenir, esa lógica de la imaginacion. Nada mas sencillo que *imaginarse* á la *Soberanía* del pueblo como un tipo ideal que la humanidad va modelando con progresiva perfeccion. Pero si la *fantasia* que es juez incompetente en cuestiones de lógica, se da por satisfecha con ese *cuadro pintoresco*, la razon, la razon que tanto se ensalza para deprimirla tanto, la razon que no quiere *pinturas*, sabe muy bien que no toda imágen bonita es una realidad.

A las dificultades que acabamos de presentar, se acostumbra dar otra solucion del mismo jaez. El pueblo, se dice, dentro de la asamblea legislativa, es soberano, fuera de ese santuario, es súbdito. Vuelta á la filosofia de la imaginacion.

El pueblo ¿es uno, ó dos? Si es uno, mal puede ser y no ser al mismo tiempo soberano; y si está dividido en dos

partes y una de ellas es la asamblea soberana, esta corporacion es un cónclave de monarcas temporales, pero absolutos, y el resto de la nacion una muchedumbre de vasallos.

Si se me dice que el pueblo es libre y soberano porque elije, pero que es súbdito de sus propios delegados, la cuestion queda en un estado mil veces peor.

¿Han de estar sometidos los poderdantes á la autoridad omnímota de un gobierno que manda por delegacion? Seguramente que no. Si el pueblo ha de conservar algunas reminiscencias de su soberanía delegada, preciso se hace que tenga el derecho de insurreccion para cuando no cumpla el gobierno la *voluntad nacional*.

Ahora bien, ¿es siempre lícita la insurreccion? Si lo es, anarquía, si no lo es, injusticia. Si la rebelion es lícita en unos casos y criminal en otros, ¿cuál es el poder autorizado para examinar los títulos de legitimidad que alega cada sublevacion? ¿Ha de existir un poder que regularice las sublevaciones, rechace unas, dé salvo conducto á otras, y haga, cuando le acomode, que la nacion se pronuncie exaltada por un patriotismo oficial comunicado por la Gaceta de Madrid? Pero ese poder es un poder absoluto..... ¿Y si abusa? ¿Si no interpreta fielmente la voluntad nacional?

¿Cuántos abusos y qué número de transgresiones basta para que los ejecutores de la voluntad nacional pierdan el derecho de hacerse obedecer? ¿Quién examina, quién juzga la conducta de la autoridad y determina la hora suprema en que ya puede con justicia dispararse el primer tiro de un pronunciamiento? Entre los cien bandos diversos que alaban y vituperan al gobierno ¿quién decide? ¡La fuerza y solo la fuerza!

La fuerza del oro, la fuerza de la intriga, la fuerza de las bayonetas: siempre la anarquía y siempre el pueblo atropellado inícuamente por la carroza infernal del crimen cargado de laureles.

Yo no ataco á ningun gobierno, á ninguna autoridad: al contrario, las defiando á todas indistintamente. No hago mas que determinar las consecuencias de una política imaginaria, de una ciencia contradictoria que se propone el ridículo problema de hacer salir *la luz del caos*, sin considerar que no fué el caos el que hizo la luz, sino la palabra creadora de una *autoridad* omnipotente.

Nacion sin gobierno y *anarquía*, es una misma cosa. Decir que el gobierno ha de estar sometido á la nacion, es tanto como decir, que debe ser juguete de todos los partidos, de todas las mayorías que existen siempre en confusion anárquica donde no hay gobierno.

Se necesita un gobierno contra la anarquía, y quieren que ese gobierno esté sometido á la anarquía.

Se anda en busca de una autoridad, y se quiere que esa autoridad no sea superior, es decir, que no sea autoridad.

Buscan un poder que regularice y ordene á la nacion, y lo que tratan de conseguir, es que la nacion, desgobernada por naturaleza, gobierne al gobierno.

Si la nacion gobierna á la autoridad, acabemos de una vez, ¿quién gobierna á la nacion?

Y si la nacion se encuentra, como se supone, gobernada por la naturaleza, ¿para qué se necesita el gobierno?

Hé aquí porque no es un ódio inconsiderado por escesos particulares ni por catástrofes imprevistas, lo que nos hace maldecir y renegar de la revolucion. No, no juzgamos tan mal á nuestros adversarios que vayamos á atribuirles inícuos planes de desolacion y de muerte.

Pero *el terror* con sus hordas de asesinos, con su aparato de guillotinas y cañones, el siniestro fulgor de los incendios, la gritería de las poblaciones entregadas al saqueo y la matanza, las *deportaciones verticales* y las in-

quisiciones subterráneas, todo, todo viene irremisiblemente en pos de tanto absurdo. Y todo..... ¿para qué? Para concluir besando con servilismo la mano y el látigo de un déspota.

La soberanía del pueblo no es mas que un tránsito azaroso que nos conduce de la autoridad de derecho á la autoridad de hecho, de la monarquía á la dictadura.

¡Triste resultado es el que hemos obtenido despues de analizar un principio que, como ha dicho muy acertadamente el Sr. Borbolla, es *toda una filosofia*.

La que modernamente usurpa el nombre de filosofia, inunda el espacio con un diluvio de flores; pero esas flores se vienen á tierra, dejando en su lugar el vacío.

Para llenar ese vacío, el autor de este opúsculo deberia concluir oponiendo sistema contra sistema, y hacer resaltar con el contraste la solidez magestuosa y el imponente, pero magnífico aspecto de la verdad política, de esa verdad que ni es progresista ni retrógrada, porque la verdad ni avanza ni retrocede.

Pero este trabajo ha tomado ya regulares proporciones, y aunque el autor no ha desenvuelto mas que una tercera parte del plan que se habia trazado, se encuentra en la sensible precision de abandonar la cuestion histórica y la exposicion de la doctrina verdadera, porque, entre otras consideraciones de mucho peso, le arredra sobre todo la precision de seguir escribiendo sin descanso, á fin de que este opúsculo no salga á luz cuando carezca de toda oportunidad.

Sin embargo, para hacer visible la rectitud de nuestra intencion, nos cumple hacer un sucinto bosquejo de nues-

tra fé política, aplazando para ocasion mas oportuna la publicacion de un opúsculo que sin referencia alguna á este debate, ofrezca una esposicion tan exacta como nos sea posible hacer, de las sólidas doctrinas que en todo tiempo y lugar, aunque con diversa manifestacion, han sido el sostén mas poderoso de la sociedad civil.

PROTESTA.

En tiempos agitados y revueltos, lo difícil no es conocer cada uno su deber: lo difícil es cumplirlo. El nuestro era, una vez iniciado este debate, defender lo que para nosotros es tan claro como la luz del día y lo que tanto necesitan conocer los pueblos á quienes los tribunos han hecho tanto mal, ó mas aun que los tiranos.

El que vea en nuestro folleto una arma de partido y mucho menos un libelo traidoramente embozado contra personas determinadas ó contra la situacion dominante, se equivoca grandemente y ultraja la lealtad de nuestras intenciones.¹

Para nosotros las personas importan poco en presencia de tan inmensas cuestiones. Veneramos á los sábios y virtuosos, á los que van desacertados les compadecemos, deseando que consigan ver la verdad cuya fuente luminosa está mucho mas alta que los folletos políticos y las discusiones arrogantes.

A la manera que no hay hombres necesarios, tampoco

¹ Como ya está impresa la mayor parte de este escrito, no me fué posible rectificar una especie que pudiera parecer sospechosa. Mencioné en la pág. 47 á los que queman en efígie al Jefe de la Iglesia, y debo advertir que me refiero á una funcion cívico-religiosa que no hace mucho se celebraba en Londres.

hay ningún pueblo necesario. Así como el hombre virtuoso suele tener, aun en esta vida terrena, la recompensa de sus buenas acciones, así los pueblos que marchan por la senda del deber y de la justicia, se ven recompensados con la paz y la prosperidad interior y exterior de sus estados.

El progreso indefinido, la república universal y otras cosas de este jaez que tanto ruido meten hoy en el mundo, son sueños bellísimos, dignos de la noble naturaleza que los concibe, mas para su realización, es indispensable que el hombre vuelva al estado de beatitud y de inocencia que gozaba en el Paraíso.

A la verdad que dando por cierta la bondad nativa del hombre, suponiendo á la sociedad tan perfecta y tan en buena armonía que, tal como la describen nuestros publicistas, mas parece coro de serafines que reunión de criaturas pecadoras, los políticos modernos pueden reservar sus sistemas para cuando pasen á mejor vida.

Se proponen gobernar este mundo, y desde la primera palabra se hecha de ver que la sociedad y el pueblo de que tratan, no es el pueblo ni la sociedad que nos rodea. Y no encontramos otro motivo que el de una vanidad pueril, para aceptar el primero y rechazar el tercer capítulo del Génesis: para creer que el hombre fué hecho á imagen y semejanza de Dios, y negar que se encuentra en una situación muy distinta de su primitivo estado, ó suponer que solo con haber crucificado á Jesucristo, hemos conseguido regenerar nuestra naturaleza.

Así es, que las repetidas promesas con que se entretiene hace tanto tiempo la impaciencia popular, ya son generalmente escuchadas con la sonrisa amarga del desengaño: porque todo ha venido á confirmar, que el defecto no está en las instituciones, sino en el hombre mismo.

Quejarse de que «el derecho sufre todavía las contrariedades de los malos hábitos, los ataques del sofisma, la

»guerra de las preocupaciones, los ódios mortales de los »torpes interesès lastimados,»¹ y esperar para que fructifiquen las modernas instituciones, un tiempo en que nada de esto suceda, es un contrasentido: porque mientras el globo esté poblado por descendientes de Adan, sufrirá el derecho todas esas contrariedades, y precisamente porque se contraría el derecho, es por lo que se necesita y se necesitará siempre una autoridad, que no pueda ser arrollada por el oleaje turbulento de la anarquía.

Mientras no se corte el mal en su misma fuente, nuestros soñadores seguirán filosofando sobre el porvenir, y el porvenir irá presentando un aspecto cada vez mas aterrador. Así como al lado del hombre justo, lleno de tranquilidad y de salud, ó de una resignacion heróica que le sobrepone á todas las adversidades, se encuentra el libertino que enervado por sus propios escesos, se abre por sí mismo la tumba para sepultarse en ella con sus dolores: así al lado de un pueblo recto, noble, generoso y patriota, y por ende poderoso, feliz y respetado, se encontrarán pueblos enervados por la disipacion, presa de los partidos políticos, pasando sucesivamente del delirio al abatimiento, de la anarquía á la esclavitud, y espuestos siempre al ludibrio y al escarnio de las demás naciones.

¿Qué se sigue de aquí? La necesidad de predicar á los pueblos ideas mas grandes y mas justas acerca del gobierno temporal de la Providencia, la necesidad de inculcar á todas horas que *los pueblos tienen los gobiernos que merecen*; y que por tanto los pronunciamientos y motines, las sociedades secretas y las cábalas políticas cambian los gobiernos, pero no producen gobiernos buenos: y que la insurreccion, lejos de ser un derecho y menos un deber, es por el contrario un semillero de males, y cuando se

repite, el signo infalible de la destruccion de las nacionalidades.

Porque, no nos hagamos ilusiones: la Soberanía nacional con todo el séquito de derechos que trae en pos de sí, no es otra cosa que el protestantismo aplicado á la política: y así como la Reforma ha sumergido en el embrutecimiento y la barbarie á naciones enteras, con esa precipitada descomposicion que va terminando en el caos del ateismo, así el protestantismo político no produce ni producirá otra cosa que la multiplicacion interminable de partidos, hasta conseguir que el pueblo pierda la dignidad nacional, para hacerle pobre, corrompido y esclavo.

Un rey de la antigüedad, al ser echado á puntapiés por sus vasallos, se dirigió á ellos y les dijo: «Yo volveré cuando vuestras maldades sean mayores que las mias.» Este rey espuso en tan pocas palabras un curso completo de filosofía social.

A imitacion suya predicamos nosotros obediencia á todos, todos, los gobiernos legítimamente constituidos, llámense absolutistas, moderados, progresistas, demócratas, etc., porque para nosotros la cuestion de formas entra por muy poco en el gran problema de consolidar y engrandecer las sociedades políticas: y porque si los gobiernos son buenos, es un atentado enormísimo conspirar contra ellos; y si son malos, entonces representan un castigo, como dice San Agustin, el mas grande que Dios puede enviar á los pueblos; y en este caso, es inútil morder con desesperacion la cadena, porque la insurreccion y las barricadas, los tumultos y demás acompañamiento de motines engalanados con divisas de toda especie y color, de nada sirven para conjurar la tempestad: «*Hoc genus dæmoniorum non potest exire nisi in oratione et jejunio*»

No, y mil veces no, nuestro trabajo tiende á robustecer todo gobierno legítimamente constituido, sea democrático,

monárquico, constitucional, etc., oponiendo un dique á la usurpacion, á la sedicion, al regicidio, y señalando para ello al poder civil su verdadero origen.

Por eso enseñamos al pueblo:

Que no basta reconocer en la autoridad política el origen divino que tiene todo cuanto existe, evasiva de Rousseau, que está ya contestada hasta la saciedad. Que no debemos mutilar el Evangelio, admitiendo lo que es susceptible de una interpretacion ambigua, como, *non est potestas nisi á Deo*, y omitiendo la conclusion de este versículo, que dice así: *quæ autem sunt, á Deo constitutæ sunt*.

Que la autoridad política no viene del hombre, toda vez que el mayor número no tiene autoridad sobre el menor, ni un hombre solo sobre todos los demás.

Que, por consiguiente, la autoridad política en su género es *divina*.

Que viene de Dios, soberano esencial del hombre.

Que el pueblo *no crea* los poderes públicos, como se dice.¹

Que al pueblo solo le toca organizar y dar forma al poder cuando por circunstancias extraordinarias se encuentra huérfano de autoridad.

Que en estos casos, el pueblo *elige y designa*, pero no confiere una autoridad de que carece.

Que el que forzosamente deba elegir un gobierno cuando carece de él, no supone derecho, ni soberanía, ni *omnipotencia* de ningun género, como quiera que el que forzosamente ha de ser encarcelado, no es libre porque esté facultado para elegir entre varios calabozos.

Que constituido y formado el poder, la autoridad política es autoridad, y por consiguiente, soberana.

Que nada arguye contra esto, el que las generaciones presentes no hayan prestado su consentimiento para constituir la autoridad establecida de este ó del otro modo; porque esa autoridad no subsiste por voluntad del hombre, sino por voluntad de Dios.

Y de esta doctrina deducimos consecuencias importantes que reduciremos á cuatro:

1.^a Que si los príncipes y pueblos de *comun acuerdo* pueden variar las leyes fundamentales, el pueblo, por sí solo, no puede hacer semejante alteracion.

2.^a Que los pueblos no tienen derecho para rebelarse contra los gobiernos y deponerlos á su antojo, aun donde rije el principio de eleccion popular: pues una vez investidos los gobernantes de la *autoridad divina*, no se puede atentar contra ella, ni mucho menos hacerla juguete de nuestro capricho.

3.^a Que los príncipes y gobiernos deben mandar conforme al orden natural y á los preceptos de la religion, porque todo cuanto en contra de esto hicieren, «*violencias serán* y no leyes, segun enseña Sto. Tomás, habiéndoles sido dada la autoridad para la *edificacion*, y no para la *destruccion*.»

4.^a Que el Evangelio no rechaza ninguna forma de gobierno, y para Dios tan sagrada es la obediencia que se presta á un rey absoluto como á un presidente de república, porque S. Pablo habla en general de toda autoridad legítima, y nada importa que el soberano ciña diadema ó lleve un sencillo frac negro.

En fin, que toda nuestra política está comprendida en este versículo del Evangelio:

«*Omnes honorate: fraternitatem diligite: Deum time-
te: regem honorificate.*»¹

1 San Pedro, epíst. I, cap. II, v. 17.

«Honrad á todos: amad la hermandad: temed á Dios:
»dad honra al rey.»

Y toda nuestra filosofía social está dicha con estas palabras de un gran escritor:

«*Donde no hay SENTENCIA, siempre habrá CONTIENDA.*»¹

² De Maistre, *Del Papa* et, lib. II, cap. I.

FIN.

NOTAS.

(1) Si vero iniquum regimen exerceatur per multos, *democracia* nuncupatur, id est, *potentatus populi*, quando scilicet *populus plebeorum* per *potentiam multitudinis* oprimit divites. Sic enim et populus totus erit quasi unus tyrannus.

(Sant. Thom. DE REGIMINE PRINCIP, lib. I, cap. I.)

(2) Ad tertium dicendum, quod princeps dicitur esse solutus à lege quantum ad vim coactivam legis: nullus enim proprie cogitur à se ipso, lex autem non habet vim coactivam, nisi ex principis potestate. Sic igitur princeps dicitur esse solutus à lege, quia *nullus in ipsum potest iudicium condemnationis ferre, si contra legem agat, etc.*

(Idem. PRIMA SECUNDÆ. qu. XCVI, art. V.)

(3) Set seditio fit contra commune bonum multitudinis: unde *semper* est peccatum mortale.

(Idem. SUMMA TOTIUS THEOLOG. qu. XLIII, art. I.)

(4) Cum rex ille fuerit factus et confirmatus in regno, jam habet potestatem in hominibus, *et non potest populus jugum ejus de cervice sua repelere.*

(D. Joa. Chrisostomus. HOMILIA 37 in Matheum.)

(5)præterea hæc potestas est de jure naturæ, non enim *pendet ex consensu hominum, nam velint, nolint, debent regi ab aliquo, etc.*

(Bellarm. DE LAICIS, lib. III, cap. VI.)

(6) Immo *facta designatione* imperantis, aut imperantium, potestas hæc à Deo manare dicitur, *quatenus jure naturali et divino tenetur societas ipsa parare imperanti.*

(Concina. THEOL. DOGM.-MORALIS, lib. I, disertatio 4.^a)